

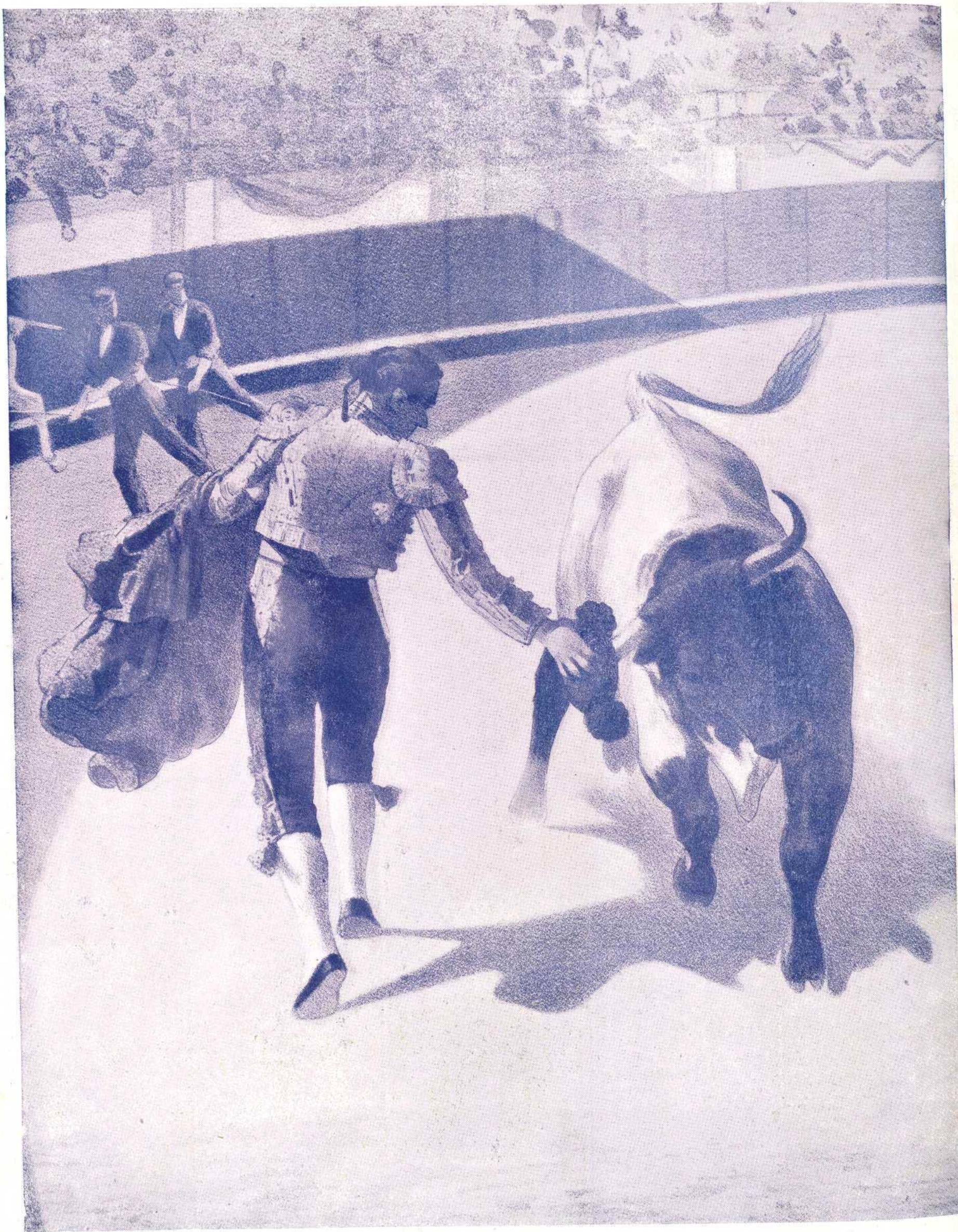
# El Ruedo



2

Ptas

J. A. VEDRA



**Recortes y floreos**  
(Dibujo de Perea.)



**EL LUNES, EN BILBAO**

**Toros del conde de la Corte**

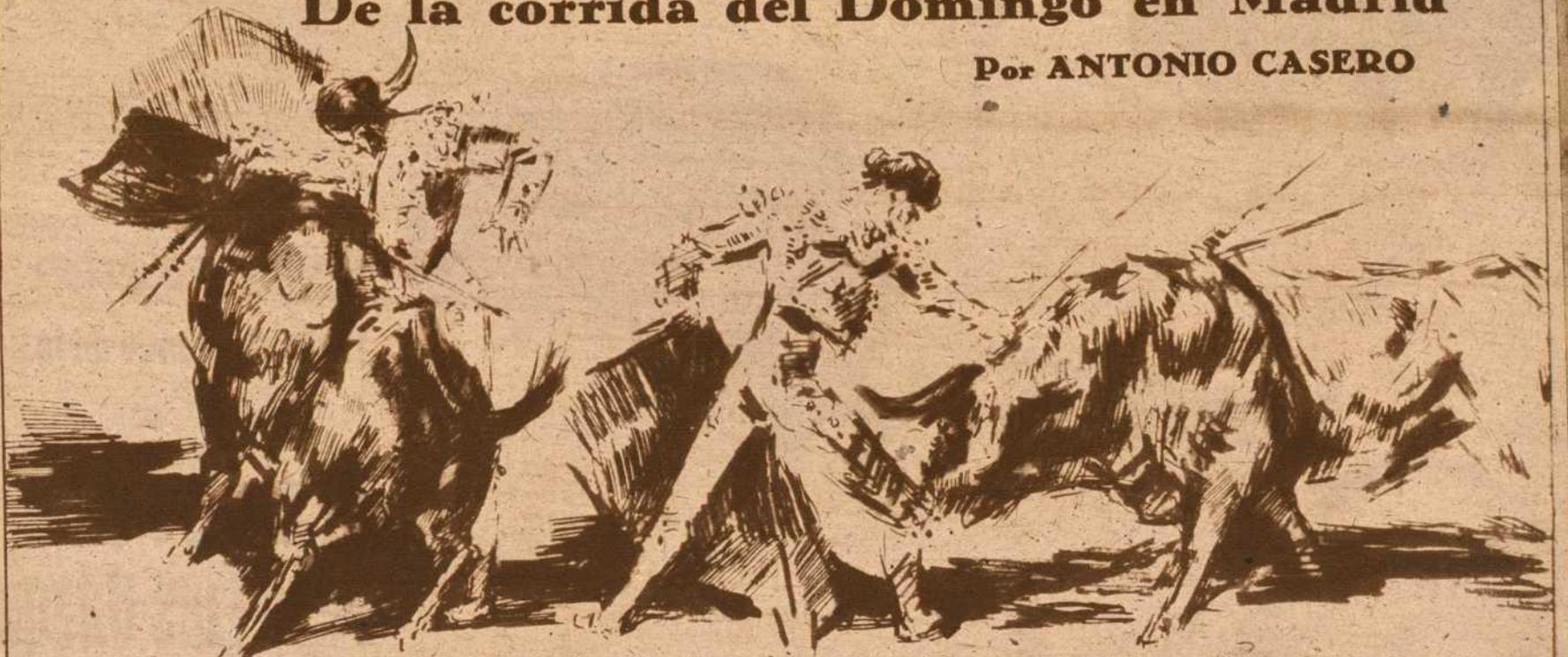
**Manoiete y  
Pepe Luis Vázquez  
mano a mano**

En la foto: El cordobés y el sevillano  
esperando a que se abra el chiquero  
para empezar la lidia (Fot. Elorza)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del Domingo en Madrid

Por ANTONIO CASERO



Un gran pase por alto de  
El Estudiante

Manolo Escudero rema-  
tando un quite en el  
primer toro

Andaluz, durante la  
faena realizada con  
su primer toro y en la  
muerte del mismo



ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



No marcha la temporada, ni mucho menos, con el brillante rumbo artístico que se había previsto, pese a esa cantidad de reses que arrastran desorejadas. Los titulares de las informaciones taurinas parecen los mismos en cada lunes: «En tal lugar, Fulano, Mengano y Zutano cortan orejas. También las cortaron en tales y cuales plazas...». Aquí una lista, más bien larga, de más diestros que lograron el preciado trofeo. Y así ocurre cada día que se celebran

varias corridas, quizá demasiadas para las posibilidades ganaderas.

A este paso, mediado el mes de julio, no saldrán otros toros-toros a los ruedos que los contratados con tiempo bastante para corridas de ferias y otras de acreditado postín. Los novillos, y hasta los becerros, aparecerán en muchas plazas para ser lidiados por matadores de alternativa, además de los que hasta la fecha se han lidiado ya, que no han sido pocos.

Entre tanto, apenas se celebran novilladas, y una grey de ambiciosos de gloria y fortuna se apolilla, se aburre y se desespera sin vestirse de luces, sin conseguir su legítimo derecho a despachar muchas reses que se hacen pasar por toros, y son novillos, no sólo por su trapío, sino también por defectuosas.

Aun se agrava más la angustiosa situación de los novilleros por esa extraordinaria cantidad de festivales benéficos que se celebran, en los que se lidian, por aficionados y diestros de categoría, novillos elegidos y seleccionados con el máximo escrúpulo.

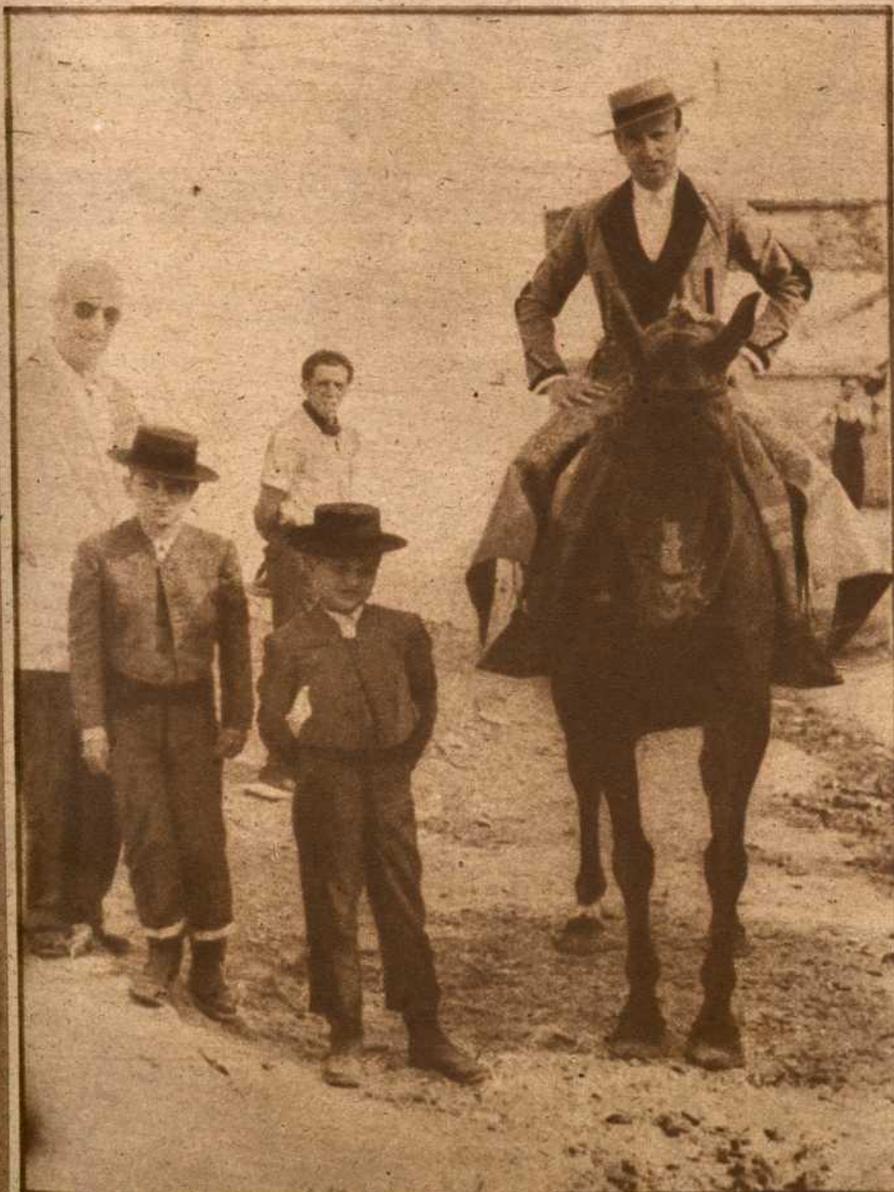
A este auténtico problema que crea a los novilleros la falta de novilladas, creo sinceramente que hay que ponerle remedio; no tan sólo en beneficio de los que en resumidas cuentas son cantera de diestros, sino en bien de la propia fiesta, que languidece y aburre a los aficionados por falta de contraste entre los que son y los que quieren ser. ¡Ay, aquella plaza de Tetuán, en la que se forjaron tantas figuras, mientras figuras de verdad se hundían en la de la carretera de Aragón!

Pero volviendo al principio, a eso de la extraordinaria cantidad de orejas que se cortan, es preciso proceder con más rigor. Cuando innumerables aficionados sacan sus pañuelos para demandar el preciado trofeo, suelen explicar su conducta con estas palabras u otras parecidas: «¡Pobre chico, hay que amarlo!». Y así, con esta ridícula sensiblería, la oreja no se otorga a una gran faena brillantemente rematada con el estoque, sino a una actuación, sin duda valerosa, pero llena de torpezas, de ignorancia y hasta de mal gusto. «¡Se jugó el tipo!», gritan algunos.

Si, se lo jugó, sin duda; pero eso no es suficiente. Es necesario, además, jugárselo con arte, con dominio, con entendimiento del tremendo riesgo y con sabiduría para burlarlo.

Menos orejas a tanto matador de alternativa, que llegó a tomarla sin saber cómo; menos festivales de lujo y más corridas para la grey novilleril, que espera impaciente y consumida, casi desesperada, la hora de su triunfo.

Año II -- Madrid, 19 de junio de 1945 -- Núm. 54



EL DOMINGO, EN ALGERIRAS

Alvaro Domecq momentos antes de salir al ruedo, acompañado de los hijos de don José Jiménez Muro. El rejoneador jerezano alcanzó un gran triunfo cortando la oreja a un toro de Miura (Foto Mari)

# La corrida del domingo en MADRID



## TOROS DE TERRONES PARA EL ESTUDIANTE, ANDALUZ Y MANUEL ESCUDERO

### LA SEMANA EN LAS VENTAS

#### Contra el extraordinarismo

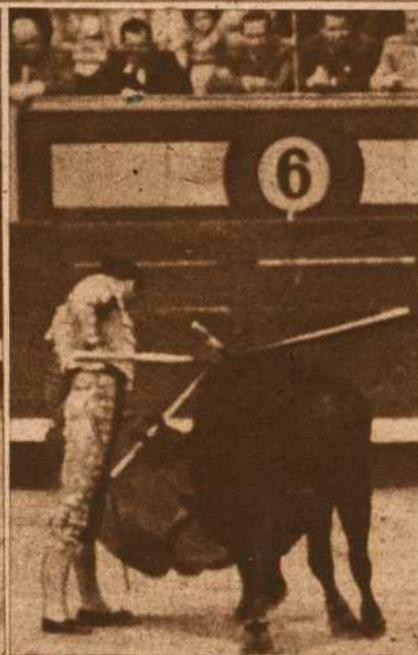
Me quieren decir ustedes qué es lo que hubiera pasado en la corrida del domingo si en lugar de ser un festejo normal en su concepción y en su desarrollo —lluvia aparte— hubiese sido de esas ungidas con el óleo del extraordinarismo o de la monstruosidad? Y como inciso de la monstruosidad, y a la hora de elegir hipérbolos, ¿por qué se acuerdan de lo monstruoso, que es precisamente algo que indica desmesuramiento? Puestos a juzgar líneas de belleza animal, ¿no prefieren ustedes un caballo a un dinosaurio, y ponen sólo todo su elogio en aplicar al arquetipo de aquél su mención de «pura sangre»? Pues volviendo a la comparación inicial, habría que contestar que si la corrida del domingo, con el mismo resultado artístico, hubiese sido toreada por los conocidos X y 2 de las extraordinarias, con los billetes a doble precio, con esos toros a la medida, hubiese transcurrido bajo una continua bronca, salvo algún momento aislado.

Y el caso es que X y 2 tendrán razón si dicen que en esas condiciones no se puede torear. Es decir, que lo que no se puede es poner a una corrida de toros bajo el peso de tantas condiciones. Lo que tampoco se puede es forzar hasta el mismo límite de la imposibilidad las posibilidades de una corrida de toros, que siempre es sólo un espectáculo posible. Aquí, en las corridas más tocadas por el morbo del extraordinarismo, todo tiene que ser seguro; segura la faena cumbre —cumbre quiere decir nunca, y se apetece todos los días—, y sólo así deja de saltar un difícilísimo equilibrio. Los toreros protagonistas exigen los toros que más seguridades ofrecen para ella, y con esto ya implican una negación del ganado de lidia, varío e inseguro siempre. Como todo es fruto de la coincidencia de unas difíciles contingencias, en cuanto algo falla, el público se llama a engaño con tal derroche de nervios, que ahoga todo en mal humor. Pero es que tiene también razón en ello.

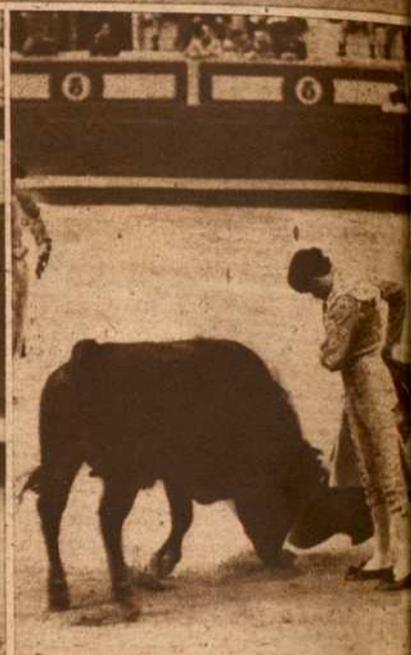
«Bien: como no me toque el gordo después de eso, haré lo posible por dinamitar a doña Manolita.» Esta semana pasada se ha tenido buena prueba de ello. Los tres diestros del domingo escucharon aplausos sinceros. El Estudiante, por su pundonor y decoro; El Andalúz, porque al fin se vieron en Madrid unas posibilidades muy toreras, de torero que hace bien el toreo, y Manuel Escudero, porque, a pesar de la mala suerte de su lote, lució cuanto pudo. Vimos una buena faena y varios quites del Andalúz, unas verónicas de Escudero, una faena de éste, resolviendo el problema —en valientes doblones por bajo— de un viento peligroso; vimos al Estudiante resolver el de muletear suave y por alto a un toro al que las puyas habían destrozado. Todo era torero, o sea normal, en la arena, sin que ningún fenomenismo emergiere, y yo he de reconocer que me divertí lo que me aburrí en la extraordinaria del jueves, anormal, con un ganado «tonto, pero deslucido», y con unos toreros —Manolete, Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín— en fracaso, más del extraordinarismo que suyo, o suyo, por entrar por los cauces del extraordinarismo.



El Estudiante en un buen derechazo durante la faena al primero



Un natural de El Andalúz al segundo toro



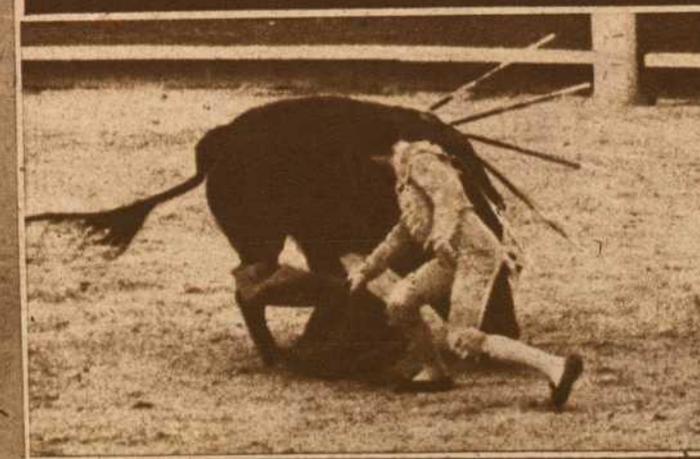
Manuel Escudero dando media Verónica finísima



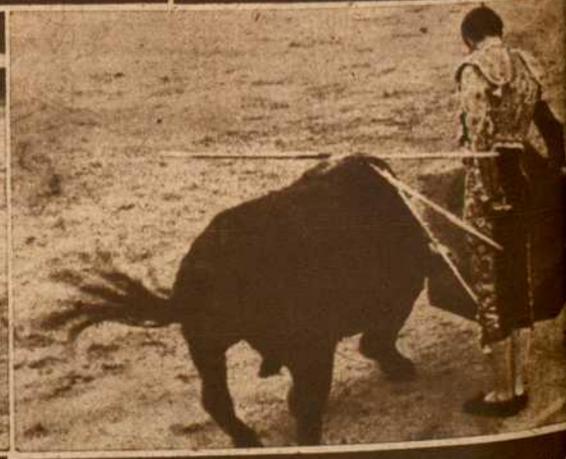
Un muletazo por alto de El Andalúz al toro lidiado en segundo lugar



El Estudiante muleteando al primer toro



Escudero obligando a doblar al tercer bicho



El Estudiante en un excelente muletazo en doño (Fotos Baldomero)

# DESPUES DE LA CORRIDA

**Al ganado le faltó alegría y le sobró mansedumbre — dice El Estudiante  
A causa de la sosería de mi primer toro no pude hacerle  
todo cuanto yo hubiera querido — explica El Andaluz  
A Manolo Escudero no le cogió desprevenido la falta de bravura de las reses**



El Estudiante en el primer toro

## EL ESTUDIANTE

Lluevia o el viento — y mucho peor la asociación de los dos elementos — en alarde de corrida, son algo por el estilo de lo que sería una gajandrina que se introdujera en un severo despacho: un estorbo, una cosa fuera de sitio.

Juzgándolo así, tan pronto arreció la tormenta, opté por seguir el camino de los espectadores prudentes y precavidos: el del cercano «Metro».

Y cuando el tercer espada quedaba entretenido con el sexto morlaco de Terrones, un servidor de ustedes llegaba en un baticoleo al seguro escondite utilizado por Luis Gómez cuando tiene que cambiar la ropá de calle por la de oros y sedas.

Mi llegada coincidió con la de la bella y elegante esposa del torero, acompañada de su madre.

Una vez arrellenados en cómodos butacaones, para entretener la espera pusimos a hablar de temas relacionados con el hombre al que los tres aguardábamos.

—¿Cómo pasan ustedes las horas de angustia? — pregunté a las damas.

—Figúrese — replicó la esposa —. Las dos acabamos deshechas del sistema nervioso. A este lastimoso estado contribuye Mariano con sus inabarcables relatos.

—Y quién es Mariano?

—Una excelente persona que quiere con delirio a mi marido. Mariano es el ayudante de mozo del espadas. Cuando su trabajo entre barreras le da algún respiro, se acerca a un teléfono para darnos los detalles de la corrida.

—Y por lo visto el hombre no quiere omitirlos por menores...

—... que a nosotras, en esos momentos, nos preocupan poco. Así, hoy Mariano empezó a decirme: que al maestro le habían ovacionado al salir; que el ganado se dejaba torear; que el viento y la lluvia molestaban bastante; hasta que desesperada y poniendo toda mi impaciencia en el teléfono, hube de gritarle: «Pero, Mariano, acabe de una vez y diga lo que interesa. ¡Han respetado los toros a mi marido!» «Pues claro que sí, señorita!» «Y por qué no ha empezado usted por ahí, ¿no de cántaro?» Y obsesionado el hombre en sus divagaciones interminables, aun estaría contándome detalles intrascendentes. Corta la cháchara la llegada del diestro. Tras él lo hacen su pariente político, su cuñado y el propietario del piso donde nos hallamos.

El Estudiante cree que la corrida, en general, salió mansa, sin mucha, pero también sin grandes peligros. Le faltó alegría y le sobró mansedumbre. Y hoy salió convencido, una vez más de la Plaza de que el público de Madrid es, por lo menos para él, el más cariñoso y mejor de cuantos conoce.

## EL ANDALUZ

Entre las muchas personas que rodean la cama donde reposa Manolo Álvarez, distingo a su tío y mentor y don Francisco Martínez, representante del torero.

—Aquí los tiene usted — dice este último indicando a ambos —, que hoy no quisieron venir a verme torear.

—Ya sabes por qué no fuimos — aduce el apoderado —. Temíamos que tú, con una herida todavía abierta, ante un ganado poco dado al lucimiento, no estarías en situación de cuajar una buena tarde. Y para estar sufriendo en el tendido, preferimos aguardar en el hotel.

—Ustedes se lo perdieron — dice un amigo del torero —, pues hoy Manolo ha empezado a demostrar a los aficionados madrileños que es un gran torero de t d d de una superiorísima clase.

El Andaluz no parece opinar lo mismo, y modestamente se limita a decir:

—Aun cuando toré a gusto a mi primer enemigo, lo pude, por su sosería, hacerle todo cuanto yo hubiera querido. El otro, logueado y con malas ideas, no era materia propicia para arrear un alarido.

—¿Cuántas corridas tiene pendientes de inmediato cumplimiento en Madrid?

—O sea. La primera el día 10 próximo, y la otra a continuación, seguramente un jueves, en terna con toreros del grupo especial. ¡Que Dios haga por que la suerte me acompañe, para que pueda triunfar de una vez y pará siempre en el primer coso taurino de España.

## ESCUADERO

—Para que la gente no diga que no quiero torear ante mis paisanos, hoy lo hice, casi a sabiendas de que no podría lucirme — fueron las primeras palabras que acerté a escuchar del torero del barrio de Embajadores.

—¿Y cómo estaba usted tan seguro de lo que luego sucedió?

—Porque también el año pasado me puso la Empresa para despacl. Y una corrida de la misma procedencia y ocurrió lo de esta tarde. Y también aquel día hubo de tocarme, como hoy, y peor lte.

—Su primero estuvo a punto de darle un disgusto en el primer muletazo.

—Como era un bicho que desparramaba la vista, sin fijarla en ningún objeto, se me coló casi sin darme cuenta. Con toros como los de esta tarde no se puede estar a gusto en el ruedo, pues o el toro se come el terreno del torero y se lo lleva por delante, o, en el mejor de los casos, propende a la huida descarada.

Se habla de la clase de lidia adecuada a las características de este ganado y Manolo recuerda que la gente va a la Plaza no a ver una faena de diez o doce muletazos para quitar defectos, sino a que el torero junte las zapatillas y se pase al toro por la faja desde el primer lance. — F. MENDO



El Andaluz en el segundo toro



Manolo Escudero en el tercer toro

# Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



El Estudiante

Recorremos con la mirada la masa humana de los tendidos buscando al amigo de la localidad incógnita. Y cuando lo encontramos, es igual que si señaláramos con premio un número del cartón de la lotería.

Se abren las puertas para que salga la cuadrilla y para que, por la esclusa, comience a derramarse el torrente musical de un pasodoble.

El Estudiante tiene cara de color de tierra y gesto dolorido durante la faena; pero sabe pararse y mandar, y posee ese difícil pundonor de los buenos lidiadores.

Un «mono» se distrae pensando en no se sabe qué. Y menos mal que los gritos del público le salvan de la cogida. Marcial, que está en el 10, comenta: «Es que camarón que se duerme...»



El Andaluz

El Andaluz exhibe, después de la tanda de pases, un gesto de profesional del arte fondeo, una salida, un desplante gracioso que parece decir: «Y esto, ¿qué tal?»

No vemos más que toros lisiados e inválidos, toros inútiles, toros que parecen escapados de un asilo.

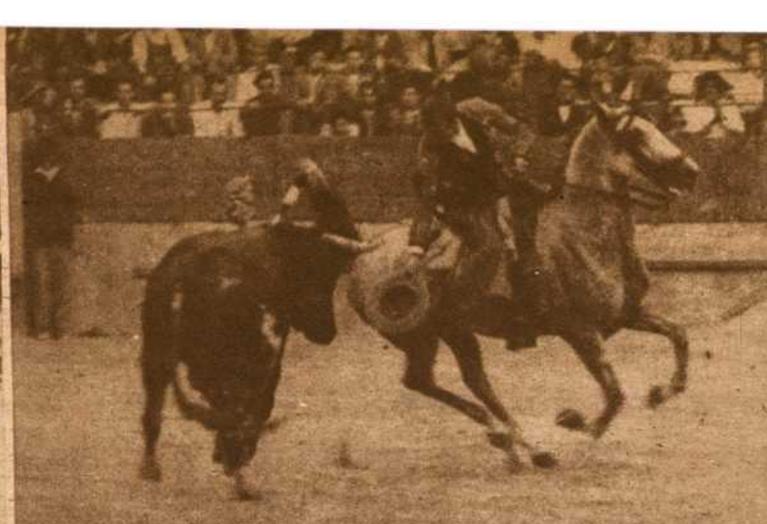
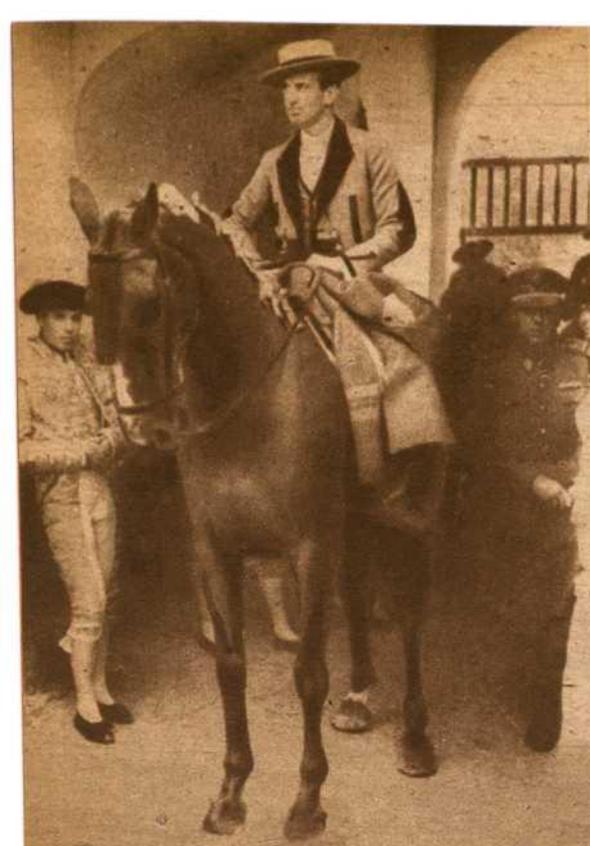
Escudero, que lucía un bonito traje azul y oro, luchó sabiamente contra los mansos. A veces no hace falta realizar faenas bonitas para probar que se es buen torero. Una muleta se transforma en serpiente y en ramo de flores. Pero en ocasiones es látigo y batuta.



M. Escudero

Mientras en el redondeo discurría la corrida, en el ruedo del cielo salían toros de nubes que amenazaban a los espectadores. Había una nube negra, que fué el Miura de la tormenta. ¡Cómo nos puso! Y hasta el Presidente se distrajo y sacó el pañuelo verde en lugar del colorado.

Las banderillas de fuego anticiparon los truenos y los relámpagos.

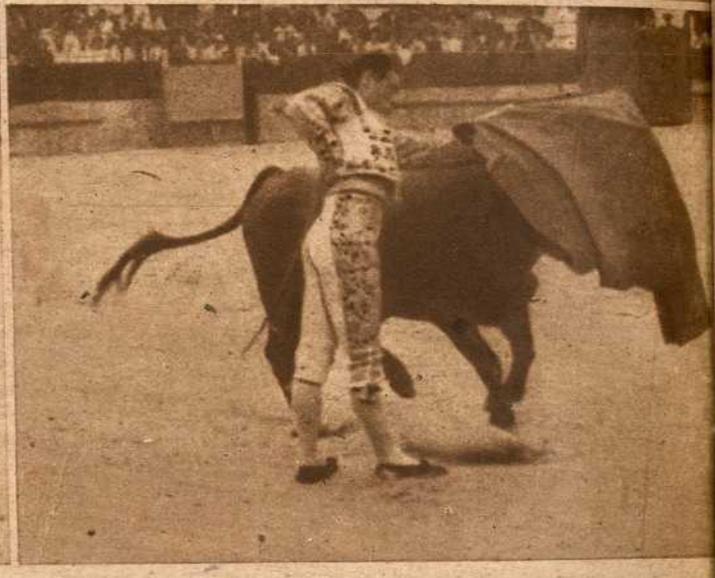
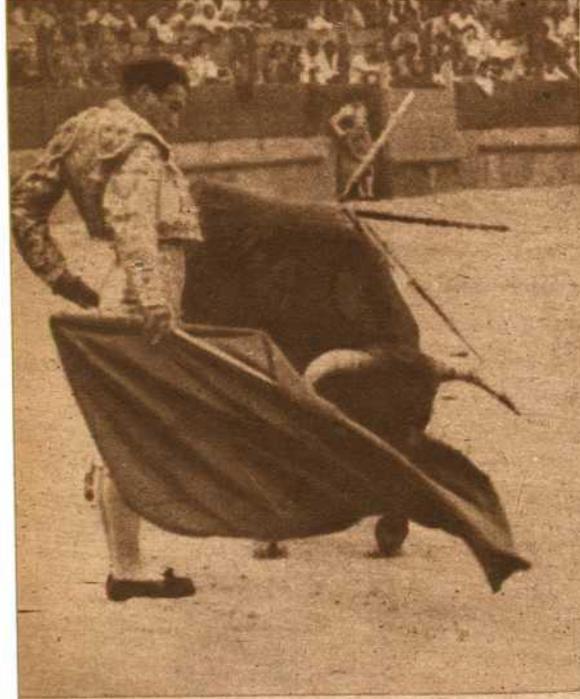


El rejoneador jerezano salva con maestría la embestida del toro

Domecq coloca un rejón al Miura del que cortó la oreja

**EL DOMINGO, EN ALGECIRAS**  
**Triunfo de ALVARO DOMEQ, PEPE BIENVENIDA, FERMIN RIVERA y EL CHONI**

Alvaro Domecq antes de hacer el paseillo

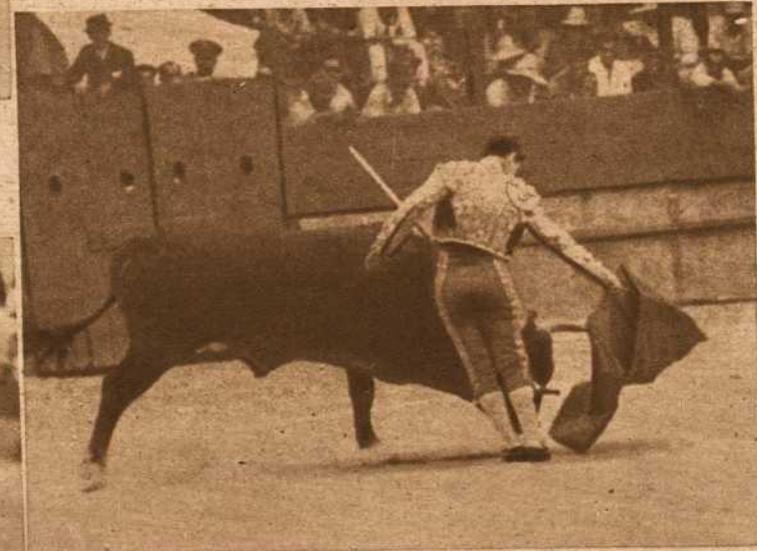


El mejicano toreando al natural con la izquierda

Fermin Rivera en un pase de pecho con la izquierda

Un muletazo con la derecha de Fermin Rivera

Alvaro Domecq saluda al público después de su triunfo

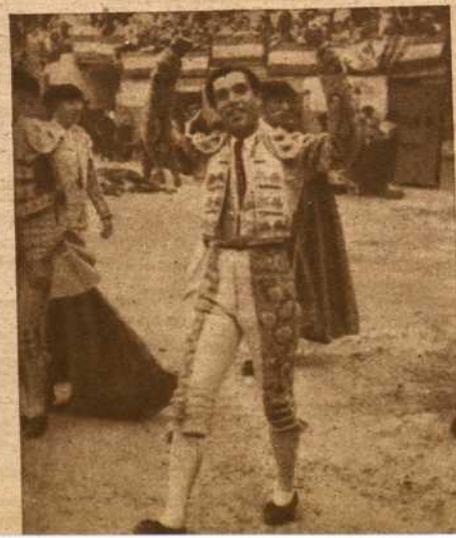


Un templado muletazo de Pepe Bienvenida

El Choni toreando de capa a su primero



Pepe Bienvenida, Fermin Rivera y el Choni, que componían el cartel de Algeciras, saludan al público y muestran la oreja cortada a su toro (Fotos Mari)



## A LOS QUINCE DIAS DE AQUELLA CORNADA

# PARRITA, convaleciente, habla para EL RUEDO

“Cuando toreo no intento imitar a nadie”



«Cuando estoy ante el toro no intento imitar a nadie»

AUGUSTIN Parra, Parrita, el llamante matador de toros madrileño, ha abandonado ya el lecho. A los catorce días exactos de que un toro de Albaserrada le prendiera en sus astas en la segunda corrida de las ferias del Corpus, el torero ha entrado ya en período de franca convalecencia. El Sanatorio de la Purísima, donde el diestro ha permanecido durante estos días, ha sido jubileo continuo de toreros y aficionados. Las primeras figuras que toreaban en la feria, los incipientes diestros locales, los espadas que figuraron en la novillada de feria y hasta aquellos que vinieron a actuar en pueblos de la provincia, tuvieron el rasgo de compañerismo de acudir a ver a Parrita. El torero está impaciente por volver a los ruedos; pero la herida, aun no cicatrizada, le retiene todavía en el recinto del Sanatorio.

Hemos querido hablar con Parrita de su arte y sus ilusiones para los lectores de EL RUEDO. El aspecto del joven torero madrileño es magnífico. Nadie diría, al verlo fresco y pimpante, envuelto en un batín verde moteado de blanco, que acaba de salir de un percance muy grave. Pero su sana constitución física y la habilidad del doctor Pulgar han hecho el milagro. Parrita no nos parece, en los momentos iniciales de abordar la charla, el torero valiente que juega con la muerte en los ruedos. Enjuto, alto, de escasa barba y modesto, más parece un estudiante de escuela de Estado que un torero que ya conoce por cuatro veces sobre su carne joven el dolor agudo de las cornadas.

—Yo nací en Cabestreros, el castizo barrio bajo madrileño—nos dice el torero—. Antes, los chicos de mi barrio apenas si jugaban al toro; ahora se ven algunos que con capas y muletas dan verónicas y muletazos a toros imaginarios. El padre del torero, el que fue buen banderillero, Bartolomé Parra, Parrita, que dejó de torear por deseo de su hijo, nos muestra una foto del primer novillo que mató el chico. Fue en la Plaza de Algeciras y pertenecía a la ganadería de Marín, del Bosque. Tiene el torito lámina de pasar de los 200 kilos. Del triunfo que obtuve en aquella tarde logré tres contratos más en la baja Andalucía—nos dice el torero—. El siguiente año, una novillada sin picadores en Bilbao, y ya en corridas con caballos, hasta mi ilusión grande de la alternativa y la confirmación en Madrid.

—Mi vida taurina es muy corta. Me he vestido de torero cincuenta veces. Y no llegan, con motivo de los percances, a un centenar los astados a que he dado muerte.

Efectivamente, Parrita ha sido castigado ya por los toros cuatro veces. Dos cornadas graves: una en Zaragoza, la de Granada y dos percances menos importantes en Jerez y Córdoba.

Adrede hemos dejado las cuartillas en el bolsillo para tratar de hacer menos impresionante la charla. Y entonces abordamos un punto muy discutido del arte caro de este togero.

—¿Qué hay de cierto, en lo que se dice en el mundo taurino, de que tú imitas a Manolete en su forma de torear?

Agustín, mozo madrileño de los barrios bajos, niega con rotundidad:

—No, cuando estoy ante el toro, no intento imitar a nadie. Quiero, eso sí, torear lo mejor posible; y como por mis condiciones físicas me asemejo algo a Manolete, y el toreo, para que emocione y tenga calidad, ha de ser a base de contrar mucho al toro y estar muy cerca, muchos, por no decir todos, han querido ver en mi forma una copia del torero cordobés.

El padre del diestro, veterano, tercia en la conversación:

—Cuando salió Belmonte pasó igual: Siempre los muchachos que empiezan han tomado como ejemplo a los consagrados. Y recuerdo—nos dice—que a raíz de surgir como fenómeno Juan, todos los matadores hacían el paseo con andar desmadejado y pretendían hacer como él.

Ya la conversación entra en un tono cordial de charla común: Dos pequeños han acudido a saludar al matador. Y el hilvanar recuerdos se une con las aspiraciones próximas del diestro.

—Quisiera—nos dice—torear en Barcelona el día 29. He perdido por esta cornada seis corridas, y quiero recuperarlas. En el momento en que don Juan Pulgar me autorice, saldré para Madrid, y después de pasar unos días con mi madre, me iré al campo. En Salamanca, en la finca de Juan Mari Pérez Tabernero, esperaré, haciendo ejercicio y toreado, la hora de volver a los ruedos. ¡Cuanto antes, mejor!—exclama lleno de entusiasmo.

Es casi la hora del mediodía, y llega el doctor Pulgar. Don Juan Pulgar, es justo decirlo en periódico taurino, tiene entre la gente torera el mayor ambiente. El médico granadino es un gran aficionado a la fiesta, cordial, paqueño, enjuto, dinámico, su paso por las galerías del Sanatorio y aun por las calles va escoltado del cariño popular. Sus intervenciones en la enfermería de nues tra Plaza le han rodeado de esa aureola que sólo da la fiesta de toros a los que andan a su alrededor.—A. C.



Parrita y el doctor don Juan Pulgar, en el Sanatorio

**XEREZ-QUINA**

**EL APERITIVO  
QUE TOMA  
TODO  
EL MUNDO**

**VALDESPINO  
JEREZ**

# HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso  
taurino*

¿En qué fecha  
tomó la alter-  
nativa Anto-  
nio Boto, Re-  
gaterín?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid; respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

#### PREMIOS

UN PREMIO DE 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

#### SOLUCION AL CONCURSO ANTERIOR

Jaurreguibertia Ibañeta (Cástor). Tomó la alternativa el 16 de septiembre de 1904 en Madrid. Se retiró el 31 de agosto de 1919 en Bilbao.

## HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



**MEZQUITA**  
UNA SOLA

Empresa Anunciadora: HIJOS DE VALERIANO PÉREZ. - Cruz, 7, MADRID

## EFEMÉRIDES

### DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

JUNIO

20

MIERCOLES

HA habido épocas, más o menos largas, en las que no surgían "tenómenos" por más que los empresarios se afanasen en buscarlos con candil, que era la linterna, antecesora de los focos y de los reflectores. Una de estas épocas fué aquella en que, muerto trágicamente Curro Guillén, hasta aparecer Francisco Montes, una docena de diestros, ni fu ni fa, se repartieron el dinerito del público, que no tenía equipo de fútbol por quien apasionarse, ni cinematógrafos, ni otra distracción colectiva que los balles públicos y la fiesta nacional. Panchón, Morcillo, el Platero, Luis Ruiz, Juan León, el Sombrerero, etc., fueron lo que el tuerto en el país de los ciegos. El último de los citados murió el 20 de junio de 1860, y sobresalió entre todos porque hacía furibunda ostentación de sus

ideales realistas, en el mar liberal que a España entonces agitaba. Era de los blancos, y un día gritó en la Plaza: "¡Así se mata a los negros!" Naturalmente, cuando predominaban los suyos se le aplaudía más que a Cañitas la tarde de su gran triunfo. Pero cuando sucedía a la inversa, aunque hubiese estado de perlas, les chillaban tan injustamente, ponga por ejemplo, como a Manolete en la pasada corrida del Montepío del Cuerpo General de Policía.

Y ya que tan variadas y sabrosas cartas he recibido a propósito de mis evocaciones sobre los toros de otros tiempos —no; no voy a ocuparme del morlaco de Moreno de Santamaría, que mereció la ruidosa bronca del respetable, que pagó con esplendidez y tenía derecho a exigir—, mencionaré de paso aquel de Varela que se llamó Moñudo, y que en Madrid, el 22 de junio de 1872, después de soportar dos estocadas que le administró Angel Pastor, saltó al tendido, donde dieron muerte a bayonetazos, y a cuerpo limpio, los milicianos del distrito de La Latina. De verdad: demostraron más valor que el que se le supone con los toros a Pepe Luis Vázquez.

Ahora escribiré de pasada sobre José Cándido, torero valiente y sin pretensiones, discípulo de Juan Romero, y con el que llegaron a alternar Costillares y Pedro Romero. En Puerto de Santa María, el 23 de junio de 1771, sufrió un batacazo de aúpa el picador Coriano. El banderillero Juan Baranco le hizo el quite y, al ser éste perseguido, a su vez intervino José Cándido, quien tuvo la mala fortuna de resbalar, caer de cabeza y perder el sentido. El toro se revolvió y, en el suelo, le cornó, una vez en los riñones y otra en el muslo. Murió en la primera hora del siguiente día.

El 24 de junio de 1879 trae a mi memoria a "los campanilleros", que aquel día la armaron buena en Jerez de la Frontera. (Este recuerdo se lo brindo a Manuel Rodríguez, como desagravio de ese sector en minoría, que, inspirado por insano e injustificado rencor, sin venir a cuento, le grita: "¡Manolete, vete!") Como iba a escribir, los campanilleros la tomaron con Lagartijo el Magno en varias Plazas de Andalucía, y sobre todo en la Maestranza sevillana. Al menor motivo armaban la marimorena con auténticos cencerros, aunque un refinado crítico los llamase "parleros broncos". A Lagartijo tan llevaron por la calle de la amargura, que, al cabo de nueve años, en 1884, el 20 de abril, con lágrimas en los ojos, prometió no volver a torear más a la sombra de la Giralda. Aunque haya quien se lo aconseje a Manolete, yo me perinito decirle que no prometa y cumpla hacer otro tanto con Madrid, donde —sin ser sus amigos de tertulia— somos muchos los anti-campanilleros. Vamos a llamar a aquéllos así, por ese gran respeto que el público nos merece.

El 25 de junio de 1830 —otro tanto aconteció el 2 de junio de 1851— actuaba con el que le correspondía Frascuelo en Tolosa, y salió al ruedo un segundo toro. Frascuelo, como veintidós años después hizo Chiclanero, acabó con los dos, "dando pruebas de gran serenidad". Este caso, hasta ahora, de un mentís a aquello de que no hay dos sin tres.

Tengo que despedirme y voy a hacerlo con el adiós de Bombita I al público madrileño, el 26 de junio de 1904. Con Guerrita y Reverte, Bombita formó un trío que rianse ustedes de César, Pompeyo y Craso, como he leído a uno de mis antecesores. En verdad, a partir del mes de mayo de 1897, Emilio Torres y Reina no volvió a dar una en el clavo. De aquellas estocadas que alguien acertó a escribir que "hería en valienté", ya no quedaba más que el recuerdo. Dolido por los percances, más o menos graves, sus actuaciones tenían bien poco interés. Así, decidió despedirse, y lo hizo en Madrid, en la fecha citada, alternando con él Fuentes, Bombita II y Bombita III, que aquel día hizo en la Corte su presentación. Sin embargo, no se cortó la coleta hasta el 19 de enero de 1906, y aun toreó tres corridas en Méjico, a primeros del año 1912.

JUNIO

26

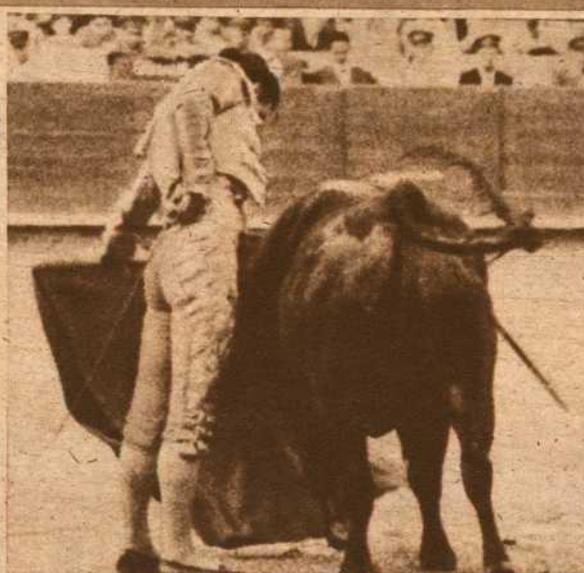
MARTES

# CARTEL DE BARCELONA

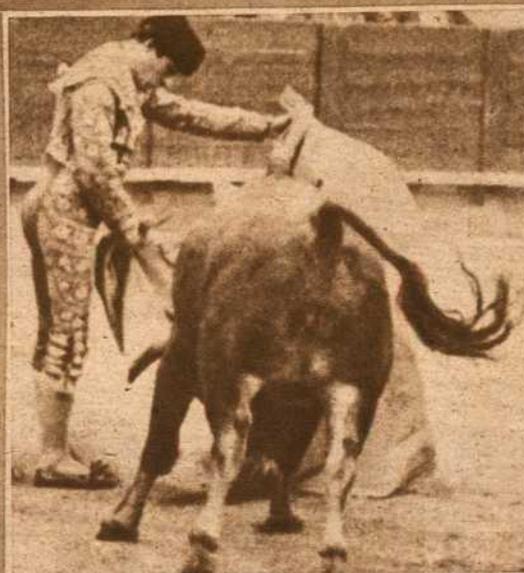
## Toros de Clairac para Ortega, Arruza y Pepe Martín Vázquez



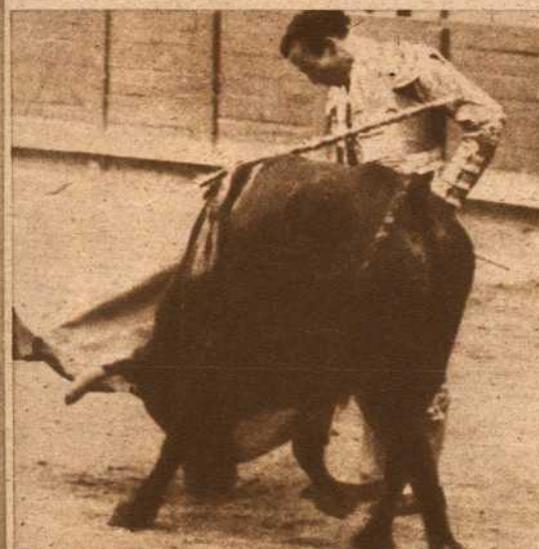
Domingo Ortega, que logró un gran triunfo en el coso de Barcelona, se adorna ante el bicho mirando al público



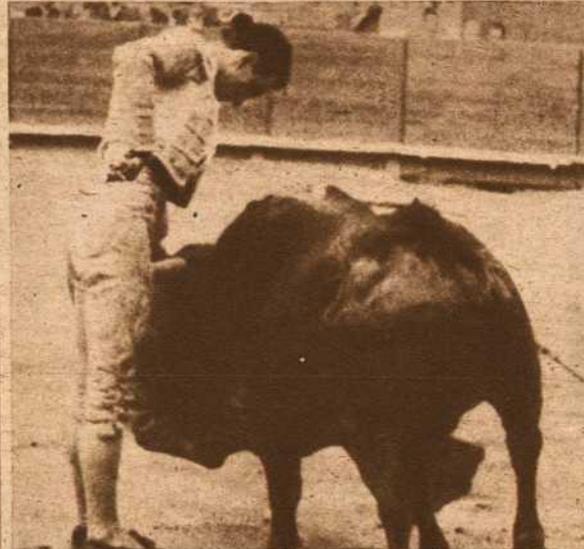
Muleta en la izquierda y templando el pase, Arruza torea al natural en la corrida que alternó con Ortega y Martín Vázquez



Pepín Martín Vázquez interviene en los quites y lancea quieto, componiendo la figura en esta verónica



Domingo Ortega en el toro que cortó las dos orejas por su gran faena



Arruza aguanta sin inmutarse la arrancada del bicho y lo torea con la izquierda



Pepín Martín Vázquez trata de que doble el toro para comenzar



Después de su faena de muleta, Domingo Ortega muestra al público las orejas que ha cortado



Arruza es premiado con unos ramos de flores que le han arrojado unas admiradoras. El mono, ya recogiendo el delicado regalo



Pepín Martín Vázquez se luce en unos lances al primer toro que lidió en Barcelona el domingo último (Fotos Valls)



Los tres diestros saludan al público



Un pase de Morenito con la derecha



Morenito de Talavera con la oreja de su primer toro



Arruza muestra los trofeos de su primer toro

EL JUEVES, EN CASTELLON

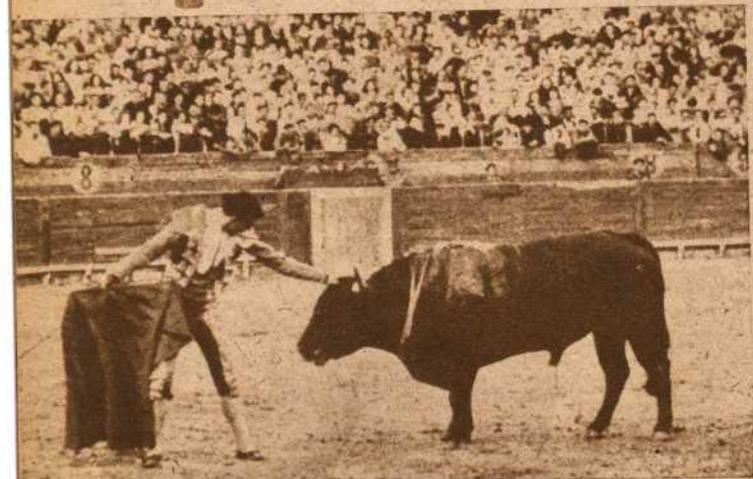
PEPE BIENVENIDA, CARLOS ARRUZA, MORENITO DE TALAVERA



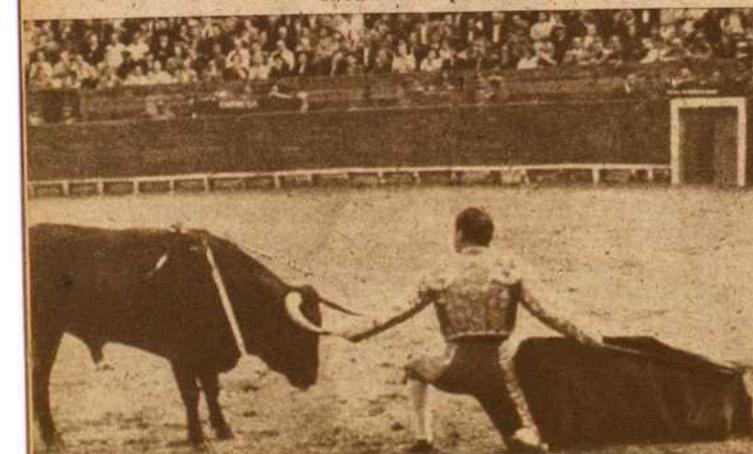
Arruza brinda a la Peña de Torreblanca, que lleva su nombre



Arruza, después de la faena a su primer toro, devuelve los sombreros a los socios de la Peña de Torreblanca. Abajo: Los matadores antes de hacer el paseillo



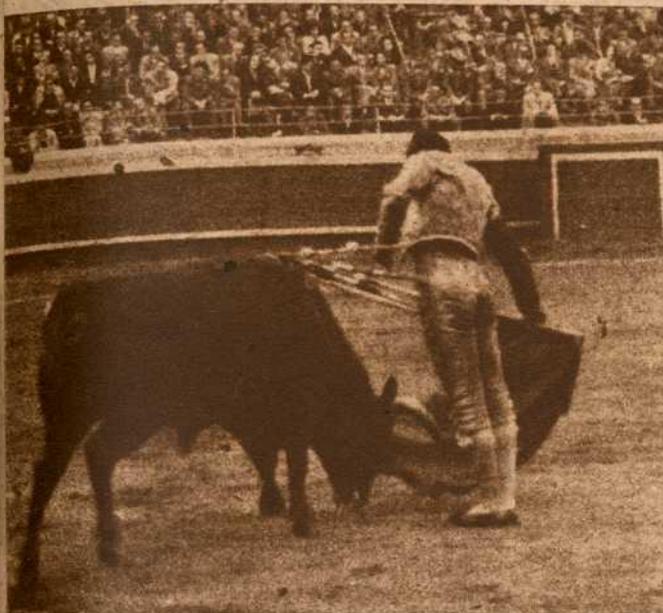
Un adorno del mejicano. Abajo: Pepe durante la faena a su primero



# Toros de Villamarta y del conde de la Corte ARMILLITA, MANOLETE Y PEPE LUIS VAZQUEZ



Armillita empieza la faena sentado en el estribo



Un pase por bajo del mejicano



Un par de banderillas de Armillita. Abajo: Manolete devolviendo los sombreros que el público lanza al ruedo como premio a la labor del torero



Pepe Luis Vázquez en un ayudado por bajo al primero de los que le cups en suerte



Manolete en un pase de pecho a su primer toro

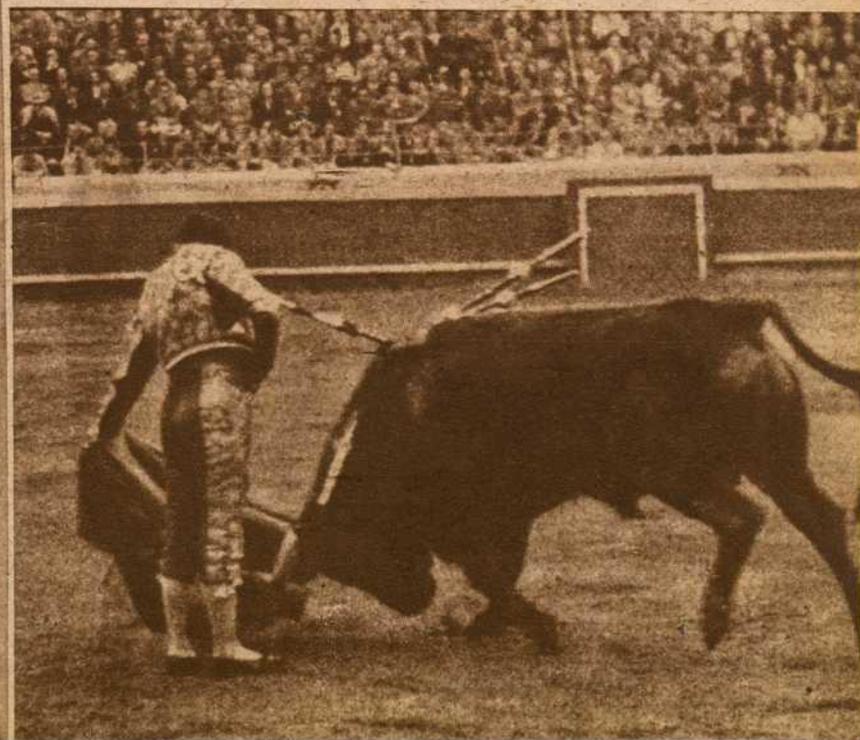


Pepe Luis, en el callejón, repara un roto de la taleguilla producido por un puntazo



Un ayudado por alto del cordobés

Pepe Luis toreando al natural en la faena de muleta a su segundo (Fotos Elorza)

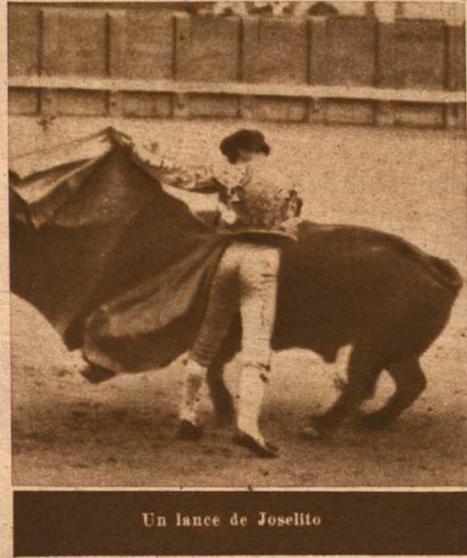


# JOSELITO

(continuación del capítulo V)

No es para contazo el asombro de todos, coronado por Guerrita con una frase que era, a la vez, sentencia y predicción: —¡Valiente chaval! No sólo hace todo el toreo, sino que hace también toros.

Pero no adelantemos la narración, que quisiéramos lo más ordenada posible, de los acontecimientos. De torear a otro chiquillo, y a la perra Diana, y a un recental inofensivo, y de que Minuto torear con él en brazos como si fuera un capote, llegó Joselito a torcar una becerria de verdad. Esto ocurrió, cuando apenas contaba nueve años, en el tendadero de don Valentín Collantes, en el cortijo llamado Palmete. Habían ido a hacer la faena sus hermanos Rafael y Fernando, y Joselito de mero espectador; pero de pronto salió una becerria muy brava, y el chiquillo, sin que nadie pudiera darse cuenta a tiempo para evitarlo, se quitó el delantal, que llaman babero, y hasta *baby* en inglés, por Andalucía, y cogiéndole a dos manos a guisa de capote se puso a torear por verónicas, cada vez más ceñido, hasta que la becerria tropezó con él y lo dejó caer. El resultado fue una excoiración en una rofilla y una gran llantina, y don Valentín Collantes abra-



Un lance de Joselito

zó al chiquillo cubriéndolo de besos, y en memoria del hecho bautizó a la becerria con el nombre de La Gallita. Así, el primer enemigo que toreaba de verdad afligió al gran torero, y ningún toro más volvió a afligirlo, porque el único que le pudo... lo mató. ¡Inevitable y triste recuerdo!

Al año siguiente fué Joselito a la feria de Coria del Río para asistir a las famosas capeas, en las cuales se mataba todas las tardes un novillo. Dejó la palabra a Antonio Parra, y sin alterar su redacción copio de su libro *Joselito, su vida y su muerte*:

"Llegada la lidia de éste (éste es el novillo, naturalmente) él (y este pronombre se ñala a José) se encontraba en una de las carretas, y como viera que el banderillero no encontraba forma de clavarlas, se lanzó al ruedo con un par de banderillas cortas que llevaba, diciéndole a aquél: "Donde tú estás no se arranca el novillo; ven y ponte aquí".

"Alegrándole y citándole se le arrancó con gran velocidad y, aguantándole con valor y una serenidad pasmosa, le colocó el par en las agujas, siendo la primera vez que el público le aplaudió, oyendo una gran ovación y pidiendo todos que matara el novillo, lo que no pudieron permitir los amigos que le acompañaban".

Hasta aquí el buen Parrita, leal amigo y narrador veraz y pródigo en gerundios impropios, que si no es precisamente un profesor de gramática, podría serlo de tauromaquia. Empezó desde entonces la fama de Joselito a correr por Andalucía torera, y él, por tientos, capeas y herraderos, a los que llegaba con su gorrilla ladada sobre la creja la coleta incipiente, que se dejaba crecer, un pañolito al cuello y la sonrisa en los labios, que, desde entonces, sin saber por qué, ya era triste. En el cortijo de don Eduardo Miura toreó con tal destreza una becerria muy grande con la que nadie se atrevía, que don Eduardo preguntó, lleno de interés, quién era aquel muchacho, y cuando supo su casta sonrió, saliendo de su asombro, porque aquello le parecía lo más lógico y natural, y le dejó torear todas las vacas que quedaban, entre la admiración y el aplauso de sus muchos invitados. Mosquera, entonces empresario de la Plaza de Madrid, y su representante, Manuel Retana, fueron los que se mostraron más entusiasmados, y hasta le ofrecieron un buen regalo en dinero, que Joselito rechazó a la vez altivo y respetuoso. El "gitanillo" no quería serlo, y no aceptaba regalos que pudieran parecer limosnas. Otro recuerdo extemporáneo, porque rompe la obligada cronología que debe seguir un buen biógrafo, me acude a las mientes.

Una tarde, después de un triunfo novilleril en Madrid, iba quien esto escribe, con Joselito por la calle de Alcalá, y encontramos, en la esquina donde estaba entonces el Café Suizo, a Don Modesto, que le había prodigado elogios, llamándole "el gitanillo fenómeno". No conocía José al famoso revistero, y como yo se lo indicara, se fué derecho a él con el sombrero ancho en la mano, y tras de agradecerle, muy conmovido, las alabanzas, le dijo, queda y tamborosa la vez, muy pálida la tez y relumbrándole como dos abalorios los ojos, negros y penetrantes:

—Muchas gracias, otra vez, de todo



## Apuntes para una biografía

Por FELIPE SASSONE

corazón. Pero a mí no me llame "usté" gitanillo, porque yo no soy gitano.

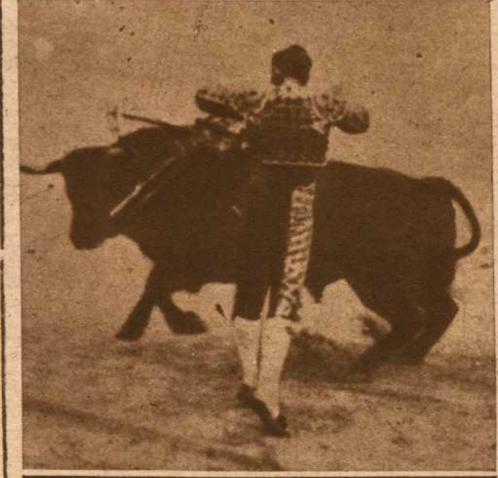
Rió, bondadoso, Don Modesto y le reiteró los elogios y el apretón de manos.

Durante su aprendizaje campero, no se fijaba Joselito tanto en lo que hacían los demás toreros como en lo que hacían los toros, y aquella intuición con que, cuando apenas contaba diez años de edad, descubrió en las capeas de Coria del Río el sitio exacto donde se arrancaba para ser banderilleado al quiebro el toro que no le acudía al compañero, la fué convirtiendo en ciencia, empírica, desde luego, pero ciencia al fin, que salía segura de sus dotes de observador y de su largo discernimiento. Por eso, por su conocimiento de los toros, llegó a ser el lidiador más grande y completo de todos los tiempos. Y no sólo estaba atento a torcar a pie, sino que estudiaba y practicaba todo lo que se relacionase con su profesión, y se hizo jinete diestro y audaz, y aprendió a acosar y derribar en campo abierto, y tuvo predilección por los caballos finos y los galgos de raza, y se impuso como director, con mando indiscutible, en todas las tareas de herrar, encerrar, apartar y tentar, y cuando aún no le había agujereado pelos de barba el rostro adolescente, ya mostraba carácter y afición de rey. Así pudo ser, durante nueve años, entre el asombro de cuantos le vieron en todas las Plazas de Toros de España. Apolo vestido de oro, y en las marismas andaluzas, encarnación viva de un verso de Rubén Darío: "Centauro de fábula cierta".

VI

En su primera corrida formal con el llamado traje de luces... no fué de luces el traje, y aquel Apolo, que después vistió de oro, hubo de conformarse entonces con una perecida prenda de alquiler, sin brillo la raída seda, de un tono verde polvoriento y con bordados de un negro ala de mosca. La chaquetilla, tan larga para su medida, que más era una chupa, estaba esbelta y gallardía a la figura, y la taleguilla, holgada con exceso, envolvía en un mar de arrugas sus flacas piernas infantiles. Salía, pues, casi vestido de máscara, tocado con un monterón antiguo, de borlas móviles, convexo en la tapadera de un alambique, que le llenaba de sombras la carita convexo como la tapadera de un alambique. No tenía aún los trece años; como que fué el 19 de abril de 1908; pero que

¿Por qué le habían dejado torear tan pronto? Nadie le obligó, ciertamente. Entre las familias de toreros no se piensa, esta es la verdad, en que los nuevos vástagos adopten la misma profesión de sus progenitores, y el padre, que supo de las amarguras y los peligros del oficio, no los quiere para sus hijos. Pero en aquellos hogares se habla de toros continuamente, se simulan los lances sin enemigo, desde que el lidiador abre los ojos por la mañana, treando con la toalla ante el lavabo, y luego en el comedor ante un pico de la mesa, como si fuera un cuerno, con la servilleta y el cuchillo a guisa de trastos de matar. La historia del toreo, sus anécdotas, su alegría luminosa y su peligrosidad —y pasadme el neologismo bien compuesto— atraen, por lo que tienen de aventura y emoción, y se transmiten por tradición oral, y como, además, en los muros se



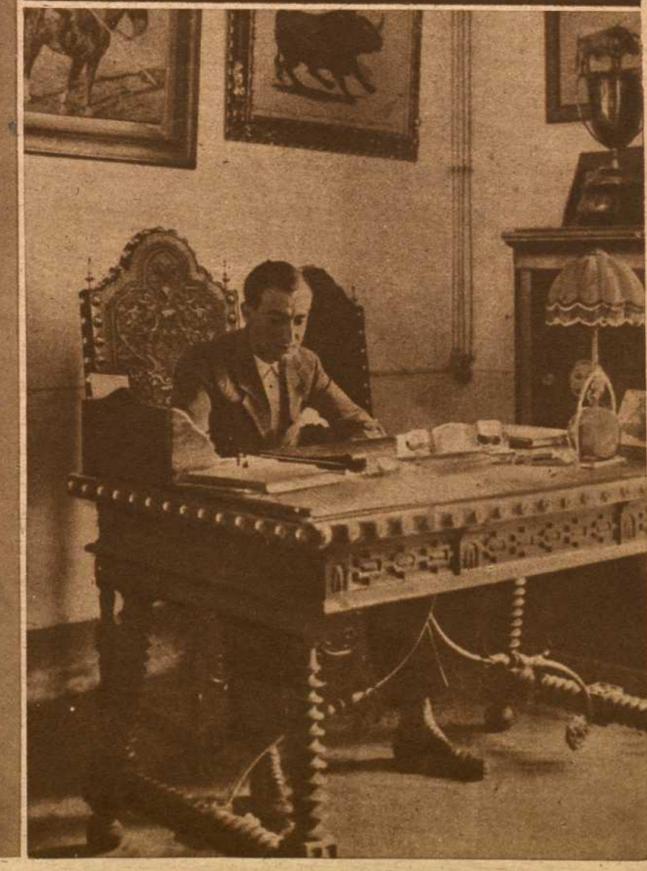
Un pase de muleta de Joselito

ostentan como trofeos cabezas de toro disecadas, y de las perchas penden chaquetillas y capotes recamados, los muchachos acaban por alucinarse con las narraciones de triunfos y ganancias fabulosas y por deslumbrarse con el brillo de los caireles. Surge entonces la vocación invencible, y el padre, en el fondo orgulloso de verse reproducido en su prole, no tiene más remedio que cuidarla y empieza su enseñanza, que cuando el discípulo posee condiciones innatas, se reduce al consejo de lo que no se debe hacer como único medio de evitar el peligro seguro. Así, en verdad, deberían ser para el arte todas las lecciones bien encaminadas: cómo no se debe pintar, cómo no se debe escribir, cómo no se debe cantar, cómo no se debe torear; y descartado lo malo e inadmisibile, ya cada uno pintará, escribirá, cantará y toreará como quiera, sacando lo que de verdadero artista lleva dentro de sí y nadie pudo enseñarle. El padre torero, avezado al peligro, acaba por ver con tranquilidad torear al hijo, a la vez que, sin enseñarle a huir, le aconseja para que si pa precaverse del peligro, le excita también el amor propio y lo envalentona y estimula, porque de sus tiempos sólo recuerda las horas buenas. (Continuará.)

Joselito bailando durante el descanso, en una fiesta campera



En el despacho de su casa, en el que no podían faltar los cuadros taurinos



CUANDO analizamos la obra de los pintores contemporáneos, con un afán interesado de encontrar entre toda su producción pictórica el tema taurino, rara vez vemos defraudada nuestra lógica curiosidad. Porque podemos decir que todos o casi todos los artistas del pincel se sintieron alguna vez prendados del tan sugestivo tema, que tantas posibilidades y variantes muestra, dando lugar a una pintura llamada de costumbres, cuando no sobre el tema propiamente taurino, del que no están exentas las salas de nuestros museos, acreditando así la ya de antiguo dedicación del asunto por todos los artistas que gozan de un prestigio o notoriedad a través de los últimos siglos.

Uno de los pintores que más han cultivado la nota españolista y taurina es José Bermejo, artista que bien ganado tiene el merecido prestigio de que goza.

Corre el año 1895, cuando el público y la crítica, ante la Exposición de su primer cuadro, «En la dehesa», no regatea sus elogios al joven pintor que, educado artísticamente en la Escuela especial de Pintura, bien pronto había de descollar como uno de los valores más sólidos del arte español.

Es Sorolla, el gran Sorolla, el cultivador de su sensibilidad artística, y cuando el joven discípulo, que ha nacido en Madrid, quiere darse cuenta, toda la luz de Levante, todo el color mediterráneo, se ha infiltrado en su espíritu creador y pictórico, que ya siempre se desbordará, rebosante como una catarata luminosa, fiel a las enseñanzas del maestro.

Con todo el bagaje de sus ansias creativas, Bermejo marcha un día a Roma, meta de todo artista, y ante la luz de la campiña italiana, dorada por el mismo sol español, nuestro pintor, fundiendo en el crisol de su inspiración la pléthora

de la luz que ciega sus pupilas vencidas por la divina claridad celeste, empieza a manchar telas, que habían de ser los firmes pilares de su actual y admirada obra pictórica.

Comienza el siglo, corre el año 1901, cuando José Bermejo obtiene la tercera medalla, y con esta recompensa, que más aumenta sus ilusiones y esperanzas que su caudal, se entrega al trabajo, ante el que no siente fatiga ni desmayos, y cuando acaba su obra «El desquite», se presenta a la Nacional de 1904, en la que consigue la segunda medalla. Pero José Bermejo, que poco después (1905) había de obtener la medalla de oro en la Exposición de Munich, acentúa la nota madrileña y de costumbres. Es el pintor de ese Madrid que ya agoniza, vencido por el «snobismo», enemigo de lo racial y de lo típico, de lo fundamentalmente tradicional e histórico. Por su obra «El cafetín» gana Bermejo la primera medalla, y

en posesión ya de todas las menciones honoríficas, el pintor se entrega, con mayor disponibilidad de tiempo, a esa obra preferente suya del toreo, que tan firmes raíces tiene en sus devociones admirativas. ¿Pero es Bermejo pintor de temas taurinos por devoción exclusiva a la fiesta? Es español y, por añadidura, artista, y sería pueril, por tanto, el negarle esta afición; pero el motivo fundamental de esta preferencia acaso lo encontremos en esa movilidad, dinamismo, luz y disonancias cromáticas de la corrida de toros, que habita de impresionar, naturalmente, su retina con coloraciones enormemente deslumbrantes y copiativas.

Bermejo, enamorado y seducido del sol que inunda el coso taurino, que hace más vivos y detonantes los colores oro y plata sobre gamas brillantes, capta, principalmente, las escenas del primer tercio de la lidia, que, a su entender, mejor recogen esa agilidad y movimiento

que impulsa su pincel, creador de tanta obra laureada: suerte de varas, quites, caídas, lances de capa, etc., etcétera. Mas hoy se crea que sólo lo imaginativo puede ser motivo para sus asuntos.

También lo anecdótico entra en sus tareas, y así nos ofreció un día sus lienzos «Granero pasando de muleta», «Belmonte toreado», «Cogida de Joselito en Talavera» y dos lienzos sobre Rafael, el Gallo: «El mitin» y «Piligranas del Gallo», en los que se acusa y queda de manifiesto esa pintura de excelentes calidades, que, depurada día tras día, han colocado a José Bermejo entre los primeros pintores contemporáneos.

Si a ello añadimos algunas escenas de capeas pueblerinas y de tentaderos, habremos recogido en este breve sumario la obra pictórica taurina, que, revalorizada por el tiempo, es como el airón artístico y flameante de este excelente y meritísimo pintor.



«En peligro», cuadro de José Bermejo, el gran pintor madrileño

## JOSE BERMEJO y sus cuadros de toreros

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«Tentadero», boceto en acuarela para un cuadro, por José Bermejo



# JESUS AYENSA, VIZCONDE DE AYALA, conoce el toreo en la teoría y en la práctica

Cuando era estudiante se hizo novillero y después de cada corrida iba a parar a la cárcel



Las opiniones taurinas de Jesús Ayensa, vizconde de Ayala, tienen un interés extraordinario, porque son unas opiniones plenas de autoridad, de esa autoridad que da el ser durante años y años espectador, sin fatiga y sin paréntesis, de corridas de toros vistas con mirada inteligente y conectora, y de esa autoridad experimentada que sólo se adquiere cuando se han pisado los ruidos y frente a las reses bravas se han comprobado y ven-

cido las dificultades del toreo. Es decir, que las palabras del vizconde de Ayala responden a una teoría, pero también a una práctica. Porque este caballero distinguido, con las primeras canas de la cuarentena, ha sido torero antes que espectador, y si dijéramos el nombre que empleaba cuando toda su ilusión era llegar a tomar la alternativa, serían muchos los aficionados, sobre todo de las Plazas del Norte, que es donde más actuó como novillero, que inmediatamente se acordarían de aquel muchacho valiente que alternaba con Villalta, con Chicuelo y con otros que luego fueron toreros de postín y que entonces daban, como nuestro amigo, los primeros pasos novilleriles por la difícil senda del triunfo. Sin embargo, Jesús Ayensa prefiere que no se recuerde aquel seudónimo que empleó para anunciarse en los carteles y burlar las iras de su padre. Quiere evitar las bromas de los amigos de hoy, la mayor parte de los cuales desconocen sus andanzas taurinas de ayer. Pero entremos ya en el diálogo y dejemos que él mismo nos explique sus afanes y sus luchas, como sus conceptos y juicios sobre la fiesta.

—La mayor ilusión que he tenido en la vida ha sido la de ser torero, y a pesar de la oposición paterna, no paré hasta vestirme el traje de luces. Unas veinte veces me lo puse en otras tantas novilladas. Llegué a tener cierto cartel por las Plazas norteñas. Pero era una lucha demasiado dura.

—Los toros, amigo, son una cosa muy seria.

—No, si no me refiero a los toros. Mi afición era tanta, que toreaba todo lo que quisieran soltarme por los chiqueros. Pero es que después de cada corrida iba a parar, invariablemente, a la cárcel.

—¿Tan mal quedaba usted?

—Tampoco es eso. Yo me había empeñado en ser torero y mi padre se había empeñado

en que no lo fuera. Como yo era menor de edad, siempre, al final de cada actuación, era detenido por orden de mi padre y conducido a la cárcel. Pero ni aun así se enfriaba mi pasión.

—¿Es que el ambiente que le rodeaba favorecía su vocación?

—Nada de eso. Esta vocación la descubrí, siendo muy joven, en Zaragoza, donde estaba estudiando el Bachillerato. Dejaba las clases por asistir a una Plaza taurina, de la que era director Mariano Carrato. Fui un día por curiosidad, y me gustó tanto, que ya no dejé de asistir a ninguno. Nos soltaban vaquillas que sabían latín. Así me fui soltando hasta que me salió el primer contrato y lo acepté contentísimo, a pesar de que no ganaba ni para pagar el alquiler del traje. Como sabía de antemano que mi padre se opondría, escogí aquel seudónimo, y así toreé relativamente tranquilo al principio. Mi padre descubrió pronto mi truco, y a partir de aquí el epilogo era siempre el mismo.

—¿Y llevaba usted buena carrera?

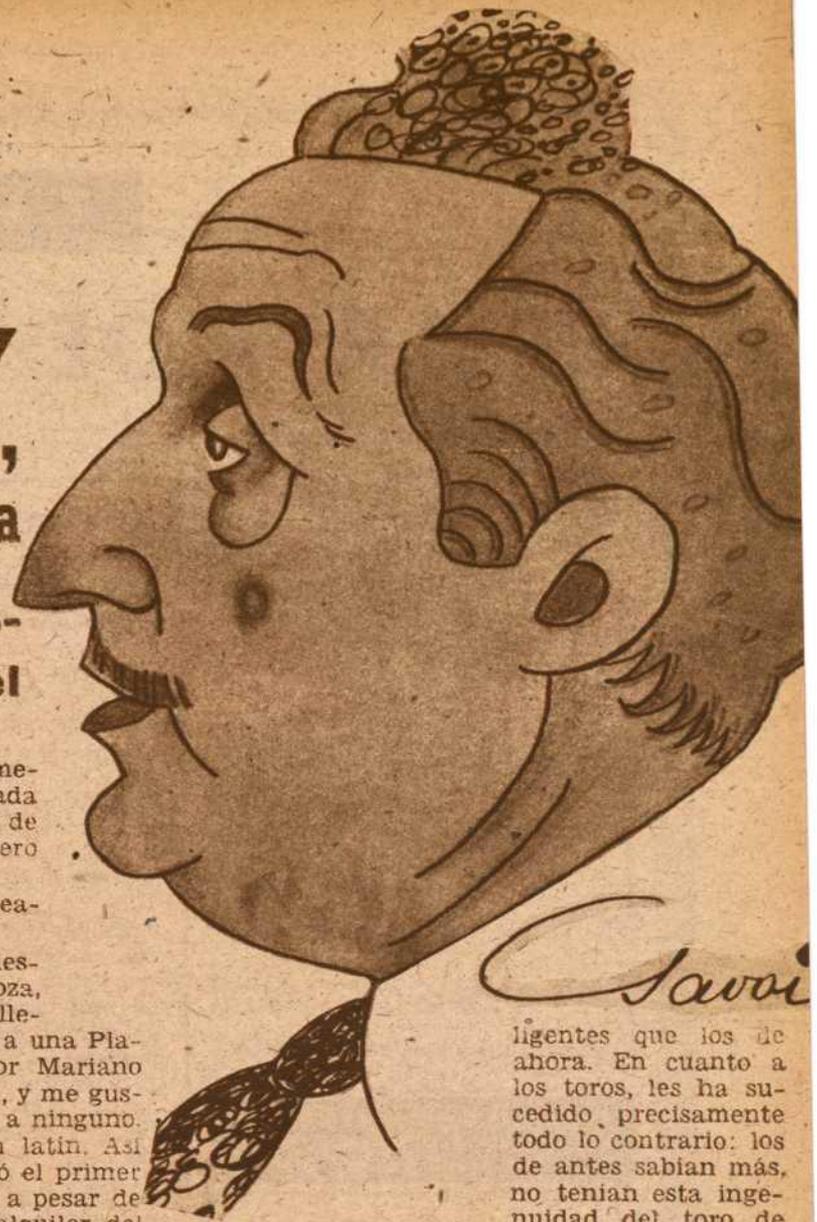
—Dicen que sí. Ahora, con la distancia, ya le puedo decir que sólo fracasé una vez. Fue en Tolosa. Me habían contratado para matar mano a mano cuatro novillos de la Viuda de Helguera, con Chicuelo, que era entonces un novillero de tronio. Era el 20 de abril de 1923. No se me olvidará nunca la fecha. La corrida empezaba a las cuatro y media, y tres cuartos de hora antes aun no habían llegado los toros. La Empresa tomó la determinación de sustituirlos con otros de Lastur, que era una ganadería absurda que existía en el pueblo. Chicuelo no se conformó; pero pudo llegarse a un arreglo económico con él. A mí, como con tal de torear me daba todo lo mismo, acepté sin reparos. El ganado era ilidiable, y para que se dé usted una idea de cómo estuvimos le diré que «La Voz de Guipúzcoa» tituló así la reseña de la corrida: «No busquen a los autores del crimen del expreso de Andalucía. Esta tarde han toreado en Tolosa.»

—¿Cómo fué el abandonar la profesión?

—Pudo más la oposición paterna. La última vez que me detuvieron, el juez me dijo que tenía órdenes de mi padre para encerrarme hasta que fuera mayor de edad. ¡Y faltaban aún cuatro o cinco años! Prometí que no volvería a vestirme de luces; mas como yo sabía que una vez libre no podría resistir la tentación, le pedí a mi padre que me enviara adonde no hubiera corridas. Fue así como marché a la Argentina, donde estuve dos años y donde fué serenándose mi afición ante la falta de ambiente. Cuando regresé a la Patria, estaba ya «curado». Desde entonces soy sólo espectador y aficionado. He toreado y toreo todavía mucho, siempre que puedo, en tiernas y festivales.

—¿Y qué opinión tiene usted del toreo en la hora actual?

—Yo creo que los diestros, y hablo en general, naturalmente, eran antes menos inte-



ligentes que los de ahora. En cuanto a los toros, les ha sucedido, precisamente todo lo contrario: los de antes sabían más, no tenían esta ingenuidad del toro de hoy, que se debe, entre otras cosas, a la

falta de edad; la edad es lo que da en todo el sentido y la experiencia. De ahí que los toros de cinco años sepan más que los de cuatro, y los cuatro más que los de tres.

—¿En cuanto a la técnica y el estilo?

—Mejor, incomparablemente mejor, la moderna. Yo estoy completamente de acuerdo con esa gran estilización o reforma que se ha hecho al toro. Esto permite hacer un toreo más estético, más artístico. Sin embargo, creo también que se ha llegado ya a un punto del que no se puede pasar; porque, de seguir así, llegará un día en que los toros no ofrecerán ningún peligro, y entonces el público, al ser privado de la emoción, que con el arte y el valor constituyen el trípode en que se asienta la fiesta, no dará importancia a nada de lo que se haga en los ruedos.

—¿Recuerda la primera corrida a que asistió?

—Ya lo creo. Fué en Zaragoza, y alternaban Joselito, Belmonte y Saleri II. Aquella corrida no se me ha borrado de la memoria, porque ocurrió durante ella un triste suceso. Al ir a descabellar Joselito, saltó el estoque al tendido y fué a herir de gravedad a un irrimo del diestro, que ocupaba una bañera. Aun veo a Joselito llorando por aquella desgracia, de la que él había sido el causante involuntario.

—¿Cree que debiera introducirse alguna modificación en la fiesta?

—A mi juicio, habría que reformar algo el reglamento, en el sentido de disminuir el número de puyas, si ha de seguirse lidiando el tipo de toro que sale ahora. De lo contrario, y esto sería mejor, se debía dar preferencia a la edad del cornúpeta y no a su peso; es decir, que yo abogo por una reglamentación de los años de los toros y de los novillos, exigiendo con todo el rigor no sólo el peso, sino las hierbas.

—¿Tiene algo que decir de los toreros mejicanos?

—Si he de ser sincero, le diré que me parecen mejor los nuestros, y que en esta cuestión hay una situación semejante a la que ya existía en 1936...

# EL ARTE DE TOREAR DE MONTES

Por JOSE M.<sup>a</sup> DE COSSIO

TAUROMAQUIA COMPLETA,

6 12 A

EL ARTE DE TOREAR EN PLAZA,  
TANTO A PIE COMO A CABALLO:

ESCRITA POR EL CÉLEBRE LIDIADOR

**FRANCISCO MONTES,**

Y DISPUESTA Y CORREGIDA ESCRUPULOSAMENTE  
POR EL EDITOR.

Va acompañada de un discurso histórico apologetico  
sobre las fiestas de toros, y de una tercera parte  
en que se proponen las mejoras que debería sufrir  
este espectáculo.

MADRID:

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.  
1836.

Portada de la primera edición de  
«Tauromaquia completa», escrita  
por Francisco Montes

EN 1836, Francisco Montes publica a su nombre su *Tauromaquia completa, o sea el arte de torear en Plaza, tanto a pie como a caballo*. Era Montes persona de mucha más cultura que su antecesor Pepe-Hillo, y si no existieran pruebas en contrario, habría menos dificultad en admitir que hubiera sido el verdadero redactor del libro. La tradición viene atribuyendo su paternidad al dis-

tes del toreo de muleta consiste en admitir como lícito, de un modo expreso, el toreo con la mano derecha. Advierte que para suplir el pase de pecho, preciso tras el natural con la izquierda si el toro se revuelve, se puede cambiar la muleta a la mano de la espada, para que estando en el terreno de afuera se le pueda dar el pase regular. He aquí, admitido por Montes, el pase regular o natural con la derecha.

La suerte de matar está analizada también con mucha más atención que en Pepe-Hillo, y a más del recibir y el vuelapiés, estudia la estocada a la carrera, a la media vuelta y a paso de banderillas.

Finalmente ofrece como novedad el pre-

sentar como suertes los saltos al trasquerno, sobre el testuz y de la garrocha, que Montes restauró y practicó con verdadera fortuna. La segunda parte de la *Tauromaquia* estudia la suerte de picar. Como en las de banderillas y muerte, el análisis es más detenido que en Pepe-Hillo, y más metodizado que en el tratado del picador Daza, si bien éste le aventaja en intensidad de análisis de las suertes. Las someras indicaciones de Pepe-Hillo se convierten aquí en tratado minucioso y ordenado. Aún dedica el capítulo único de la tercera parte a proponer mejoras para la reforma del espectáculo; pero éstas no afectan al aspecto técnico del toreo, sino a la organización de la fiesta en su parte espectacular, y así no es de interés el detallar sus advertencias.

La doctrina de este tratado está dentro de la concepción del toreo como actividad defensiva, pero sin admitir las licencias excesivas de los anteriores tratados, con las que sin duda la práctica transigía en los ruedos. Puede decirse que la *Tauromaquia* de Montes es el código primero, y al par definitivo, del toreo ecléctico que no olvida una meta de perfección, pero que reglamenta los recursos para los toros de lidia difícil e irregular.

Su influencia en la evolución del toreo y en la fijación de las condiciones del espectáculo, en todos los aspectos, es sumamente considerable. Sobre sus preceptos y advertencias se calcan los reglamentos oficiales de las corridas y todavía el vigente tiene en cuenta sus indicaciones y doctrinas. Sus reglas vienen sentando jurisprudencia entre los aficionados y profesionales hasta el día, y sus bases vienen siendo las de toda preceptiva taurina.

tiguado periodista don Santos López Pelegrín, que solía firmar sus escritos con el nombre árabe de «Abenamar». Tan íntima amistad tenía con el diestro, que el señor Juan León solía decir: «Er zeño Paquiro vale mucho de por sí, pero aluego tiene un camará morito que da en la propia yema».

El plan de la *Tauromaquia* de Montes está calcado del de Pepe-Hillo en la suya, pero es mucho más minuciosa en su ejecución, más recargada de detalles casuistas y menos sobria y distinguida de lenguaje que el tratado del torero sevillano, verdadero modelo de sencillez y elegancia.

Dedica Montes la parte primera de su libro al toreo de a pie, y la segunda al de a caballo. Enuncia en el primer capítulo la terna de condiciones que debe reunir el torero y que son: «valor, ligereza y un perfecto conocimiento de la profesión». Todas estas cualidades las reunió eminentemente Paquiro; pero, sobre todas, la ligereza fué fundamental en su toreo y viene a serlo en su concepto del arte de burlar los toros. Los recursos, muchas veces inadmisibles, de Pepe-Hillo, les enmienda la ligereza, cualidad que caracteriza con exactitud y prolijidad.

El estudio de los requisitos y condiciones que han de reunir los toros es de una gran novedad en algunos aspectos. Legisla Montes, por primera vez, la edad que deben tener para su mejor lidia, fijándola entre los cinco y los siete años. «Sin embargo —añade— son muchos los toros que a los cuatro años están perfectamente formados y pueden presentarse y cumplir en la Plaza mayor del reino». Rechaza por ineptos a los de más de siete años. Asimismo, y por vez primera, proclama la necesidad de que el toro tenga buen trapío, esté sano de la vista y no esté pla-ceado.

De las suertes de capa se fija, definiéndolas e ilustrándolas, en todas las que examina Pepe-Hillo, aunque sin admitir tanta licencia en su ejecución, y además estudia las de tijerilla o *a lo chatre*, al costado, los gallos y el capeo entre dos, que llamamos hoy *al alimón*.

La suerte de banderillas, reducida en Pepe-Hillo al cuarto y la media vuelta, es analizada por Montes con verdadera profundidad, distinguiendo sus modos hasta con prolijo exceso, pues la distinción, a veces, no la hace residir tan sólo en la manera de realizar las suertes, sino en el terreno en que se verifican. La nomenclatura por él utilizada es aún hoy la vigente. La novedad más importante del análisis que hace Mon-



Francisco Montes, Paquiro, según cuadro de la colección Ortiz Cañavate, editado por la litografía de Lanjel



# EL RONQUILLO es el taurino más popular y con más "parné" de Málaga

**S** I usted, lector, estuvo en Málaga y asistió alguna vez a la Plaza de Toros por la noche, sabrá fijamente quién es el Ronquillo. En las nocturnas, y sea cual fuere el espectáculo que se celebre, la figura más interesante y la que atrae la atención de los espectadores es la de este taurino malagueño que, como en el título del reportaje se indica, es el más popular y con más "parné" de los taurinos locales.

El Ronquillo tiene una veintena de "vestíos" de torear, y a él se los alquilan todos los aspirantes a "fenómenos" que toman parte en las corridas nocturnas. Es propietario, repetimos, de veinte, o algunos más, trajes de torero; pero ello no es óbice para que si han de hacer el paseo cuarenta o cincuenta, vayan todos provistos del almacén del Ronquillo. Claro que, en este caso, el que no lleva taquilla luce, en cambio, un precioso chaletico, y que si le falta la montera la sustituye con un prehistórico sombrero de paja. El caso es salir a torear, por lo que respecta al aficionado, y "trinchar" el alquiler, si al Ronquillo nos referimos.

Consecuencia: que Modesto, cuyo es el nombre de este taurino, aumenta sus ingresos; que el "fenómeno" no se queda sin torear por falta de "vestío", y que el público, al ver este originalísimo paseo de la cuadrilla, suelta las primeras carcajadas de la noche.

## DEFENSA DE INTERESES

—Por lo que ustedes más quieran en este mundo, ponerme a mí de director de lidia en toas las nocturnas —suplicó el Ronquillo a la Empresa—. Si no es así, no me dejan saltar al ruedo las autoridades y yo no puedo defender mis "vestíos".

Y el Ronquillo fué complacido para no ver morir repentinamente de un ataque cardíaco en el callejón de la barrera de la Plaza de Toros. Porque Modesto sufre con las cogidas de los torerillos nocturnos tanto o más que la marmaita que los trajo al mundo, aun en el supuesto de que se hallara de espectadora en los tendidos. Lamentable, dolorosísimo para todos, es que el pitón de una vaquilla haga sangre al torerillo incipiente; pero al Ronquillo lo que más le preocupa y le llena de amargura es el deterioro que pueda sufrir el traje.

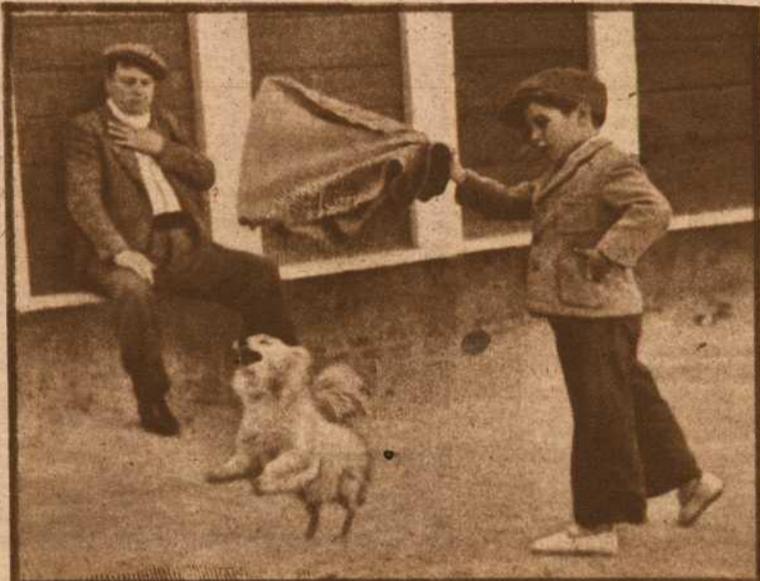
—So "malange" —dice Ronquillo zarandeando y amenazador al torero revolcado, cuando él mismo lo levanta del suelo llevándolo hacia la barrera—, que me va a costar la compostura más que he "cobrado" por el alquiler.

—Modesto —le contesta el "fenómeno"—, es que yo he salío a arrimarme.

—Po otra vez le vas a pedí el vestío a Manfredi.



El Ronquillo en su feudo, mitad bar y mitad Exposición taurina



El Ronquillo dirige el aprendizaje de un sobrino valiéndose de un perro

## UNA COGIDA INESPERADA

Los mayores apuros del Ronquillo en las nocturnas es cuando el matador brinda a un amigo —de cuya guasa y ganas de chungueo él está enterado—, y al final de la atención le tira la montera.

—Ea —dice a gritos, poniéndose el dedo en el tubo laríngeo que lleva, desde que a los veinte años se le hizo una operación quirúrgica—, cualquierita da en una semana con la montera. Ese asaña se la va a llevar esta noche al barrio y no vuelve a mí poder hasta que recorra toas las tabernas.

Al domingo siguiente de haber hecho Gallito una magnífica faena que inició con un pase clavados los pies sobre la montera, un torero nocturno quiso imitar la hazaña. El Ronquillo se fué corriendo hacia él, y cuando el torero no creía en más peligro que el del novillo, se vió rodeado por el suelo del empujón que le pogó Modesto. Y la gente se reía más que con el Bombero torero.

—Me vas a estropear la montera, so guasón.

## EL TORO QUE MATO EL RONQUILLO

En plan diurno, el Ronquillo es el más leal servidor que los matadores encuentran en Málaga. Su cometido de mozo de "espá" lo cumple a la perfección, y lo primero que hace el matador cuando lo contratan para aquí es encargar a Ronquillo la busca de hotel para toda la cuadrilla, adquisición de billetes y arreglo de lo que haya de arreglar.

Tan a pecho toma Modesto los deberes del "cargo", que en una corrida de feria evitó que le echaran al corral un toro de Mihura, difícilísimo y con cuatrocientos kilos sobre el lomo, a un famoso y ya fallecido diestro. Había sonado el segundo aviso, y el animal fué a refugiarse a la barrera, dispuesto a recostarse en ella y que no le dieran la puntilla. Y entonces, el Ronquillo, sin pensarlo mucho, le metió hasta el puño la media espada que tenía el miureño en el cuello. Hubo, naturalmente, bronca, llamada del presidente al "desaprensivo" mozo de espadas y una multa de doscientas cincuenta pesetas.

—Pasé un mal rato —decía semanas después el Ronquillo—; pero me lo han pagao muy bien, porque como el mataó me regaló cuatro mil reales, man quedao setecientas cincuenta del ala.

## ¡DISCRECION, DON JUAN!

Ahora, el Ronquillo tiene un sobrino y en él la esperanza de que sus vestidos viejos de torear se conviertan en trajes flamantes.

—¿Usted no ve cómo torea al perro?—me decía con gesto admirativo.

—¿Toreará igual a los toros?

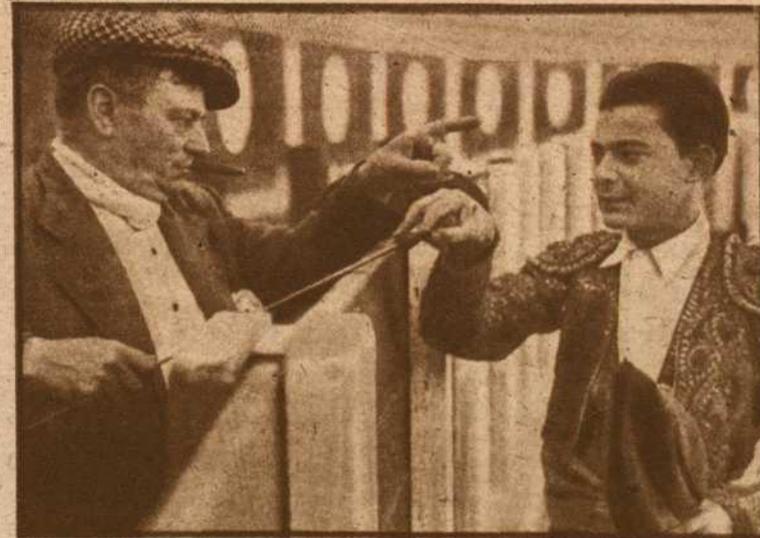
—Pero usted no cree que al paso que vemos no serán mucho mayores que ese perro, los toros que se lidien dentro de diez años?

El Ronquillo, ya lo hemos dicho, es el taurino con más "parné" de Málaga. A su boca no le falta nunca un puro, y en chatos con tapas se gasta todos los días un dinerito muy decente.

—La verdad, Ronquillo, ¿qué dinero tienes guardado?

—Don Juan de mi alma, no hable usted de eso!, sea usted discreto. ¿No ve usted que, si lo digo los mataores, en vez de darme treinta o cuarenta duros, me van a querer conformá con diez?

JUAN DE MÁLAGA



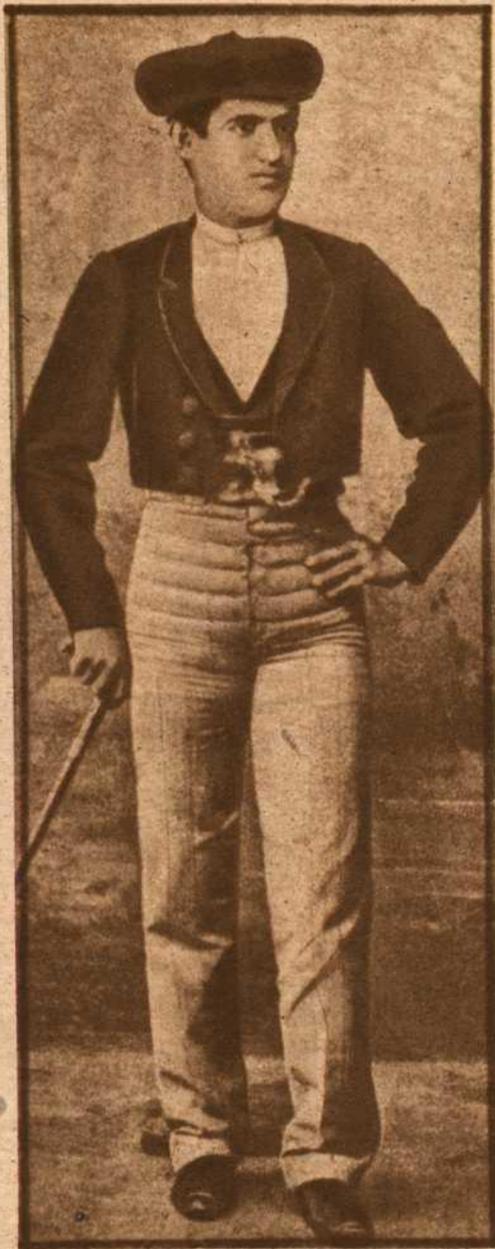
"Mucho cuidado con el vestío", —le dice al fenómeno nocturno (Fotos Arenas)

# A PUNTA DE CAPOTE

## EL ESPARTERO, técnico del hambre

Por FEDERICO OLIVER

EL espontáneo que se filtra del tendido al callejón y del callejón al ruedo, merece la protesta indignada del público; pero si el chaval tiene la fortuna de robarle tiempo al tiempo y espacio al espacio, y logra, rodilla en tierra, quebrar al toro en apretado lance a la salida del toril, el mismo público, con esa bárbara y lógica justicia que caracteriza la admiración de la masa a la valentía, aplaude a lo mismo que antes denostara, y pide a gritos la libertad sin daño del transgresor. De esos muchachos, suicidas en potencia, han salido toreros, y volverán a salir, por estímulos del hambre. Ellos son los que viajan en ferrocarril bajo los asientos, entre tope y tope de los coches o subidos en sus alturas, a trueque de estrellar los sesos en los arcos de los túneles. El bárbaro aprendizaje de las capeas, las cárceles, las crueles palizas, la pavorosa presencia del guarda jurado o de la Guardia Civil en la dehesa o la carretera, las hambres infinitas de las caminatas con el capotillo al hombro, el sueño de piedra en las cunetas, sin otra manta que el cielo estrellado, las candelas plúmbicas del sol en el verano... nada, nada, intimidada a estos aventureros de firme corazoncillo en la jaula torácica. Escapados del hogar humilde saben que por su mísera condición nunca alcanzarán, por ejemplo, el bienestar luminoso del gran torero de su barrio, que tiene tumbagas en los deos y en su casa un patio con cabezas de toro y muchas cosas *güenas*. Saben que, como él, estos astros de la torería *prensiparon* por la misma *vereta* que ellos siguen y que, *pa corno* y remate, sus *jaitigas* no son otra cosa que la *sembradura* de una montaña de billetes de a mil *pa él* y *pa los suyos*.



Manuel García, el Espartero

¡Qué alegría cuando *por fin*, su valor se reconoce y encuentra el protector o padrino que le lleva de la mano a la primera novillada formal! ¡Qué goce indescriptible el suyo cuando mira sus *patas vestias* con la taleguilla comprada de lance, prestada o adquirida a dita al peor de los vampiros. Tales son los toreros "naturales" que brotan por generación espontánea con un poco de barro, sangre y sol. ¡Qué contraste entre ellos y los toreros privilegiados que podríamos llamar "universitarios", nacidos en el bienestar del espada, retirado o no, que piensa con acierto que los hijos deben ser lo que los padres fueron! El hogar es aula; el padre, maestro, y el campo, formación. Así, los Gallo y los Bienvenida todo se lo encontraron hecho. Emilio Bomba, lanzando a su hermanillo Ricardo Torres, un niño casi, frente a una vaca para que pierda el miedo, es un vivo contraste con la estampa bravía de Juan Belmonte cuando asalta la dehesa, en el silencio negro de la madrugada, con un farolillo atado a la cintura, para que el toro, deslumbrado, embista. A esta raza de lidiadores pertenece Manuel García, el Espartero, el Niño de la Alfalfa.

El arrojo era tan natural en él como su sonrisa rústica y cándida. La temporada novilleril de su revelación, memorable en los fastos del toreo, contagió de locura al pueblo de Sevilla. El Gordito, ya retirado, hubo de afeitarse el bigote para dar

por su mano la alternativa a aquel asombro de niño. Y cuando, cierta tarde, se vestía de luces en la alcoba de su casa, un idólatra de los allí presentes le dijo, al ver su cuerpo hecho un costurón de cicatrices:

—¡Son muchas *cornás*, *Maoliyo*!

Y *Maoliyo* le tapó la boca con esta réplica:

—¡Más *cornás* da el hambre!

¡Pasmosa contestación, tan profunda y llena de filosofía práctica, que ha quedado en el acervo de los axiomas populares!

El corazón de *Maoliyo* era visible en su sonrisa *angelica*, como decía la copla. No era gastoso ni disipado en sus diversiones. El billar era su recreo. Recuerdo con orgullo, en la lejanía de mis veinte octubres, haber estrechado su mano recia y entrañable. Era generoso, sin desconocer lo que vale un duro, por la cruenta batalla de sus heridas crueles en la conquista del bienestar, y por lo mismo, por ser así, su corazón se henchía de piedad por las madres y los niños necesitados. Sus limosnas de pan eran proverbiales; bastaba una calamidad pública, una riada, o simplemente un triunfo sonado suyo por esas Plazas de Dios, para que su buena madre en el zaguán de su patio y ante un mostrador improvisado, repartiera pan a los pobres, auxiliada para el caso por *don Antonio Bisté*.

Permita el lector que le presente este personaje, desconocido para él, que aun vive en la memoria de los sevillanos viejos. *Don Antonio Bisté* era el hermano mayor de *Maoliyo*. Su interesante persona vino a iluminarse con la gloria nutritiva fraterna, y fué tan conocido en Sevilla como *Paco el de*

*los Peros* u otro cualquiera de los tipos populares de la época. Su sueño gastronómico en los tiempos malos había consistido en un gran bifeec con patatas fritas. Y cuando el sueño fué dichosa realidad, *don Antonio* pedía, invariable, en fondas y colmados:

—Un *bisté* con *papas*.

Y no saciado su apetito, murmuraba con la boca llena:

—Otro *bisté* con *papas*.

Así, este buen hombre vino a quedarse en *don Antonio Bisté* para el resto de sus días.

Como queda dicho, la madre del Espartero repartía pan con este su hijo mayor en la puerta de su casa. Mujeres y chiquillos, como pollos piones, extendían las manos ávidas a las hogazas, bobas y canteras, aun impregnadas del vaho tierno de la reciente cochura. El Espartero, ojo avizor, vigilaba su limosna. Y como suele ocurrir en las apreturas que el fuerte burla al débil, el pillo al inocente y el ventajista al verdadero necesitado, el nobilísimo muchacho sintió un *voluntó*, como él decía, y con esa suavidad de santo respeto con que el andaluz de entonces tocaba a la madre, la puso a un lado con estas palabras:

—¡Déjeme *usté*, mamá, que yo le conozco en la cara a la que tiene hambre!

Y Manuel García, el Espartero, técnico del hambre, sin perder de vista los ojos famélicos que se le clavaban en la retina, comenzó a repartir su pan como si diera el corazón.

POR ANDALUCIA EN FIESTAS

## "CINCO CORRIDAS DE TOROS"

Por JOSE CARLOS DE LUNA



PEREGRINANDO por esta Andalucía en fiestas, vimos cinco corridas de toros; dos en Córdoba y tres en Algeciras. Se escapó el genio de Manolito en ambos carteles y nos contentamos con Arruza, Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel (Dominguín)... Encantados, aunque escuchemos comentar con violencia

expresiva y justificada la ausencia del astro cordobés, que hurta hasta a sus paisanos las consabidas series de naturales *desnaturalizados* y el indiscutible ampaque de su profesionalismo. No sabemos a qué obedecen estas *espantadas a priori* y si ello envuelve alguna quintaesencia elucubrativa a tenor de la sabia y persistente administración económica. Sea lo que sea, la cosa amarga un poco a estos buenos públicos provincianos que, pasadas sus tradicionales ferias, no encuentran oportunidades para satisfacer la afición y contrastar de *visu* ansiedades y discusiones.

No pretendamos subjetivamente explicar la razón de la sin razón, porque en estas cosas de toros y toreros cada día se engarzan y enmarañan sutilezas y consideraciones más o menos oportunistas, en las que no cuenta el respeto a los públicos ni reza el concepto del deber sazonado con el bendito amor propio.

Confesamos, porque así lo demanda la bien intencionada campaña que mantuvimos desde estas páginas casi un año, que las cinco corridas que vimos en estos veinte días fueron de toros. Y esto ya es bastante para satisfacerlos y animarnos.

Los ganaderos despertaron a son de guarismos y comienzan a responder a los alabonzos del público, vejado y humillado toda la anterior temporada a cuenta de becerros enclenques, adobados de mala manera.

Cinco corridas de toros gordos, hechos y con pitones no han metido el afna en un puño a toreros con dignidad y con afición; dejando, como trofeos, patas, rabos y orejas en manos que supieron rematarlos con salsa y con arrestos.

Nos gustaría desmenuzar; pero no es nuestra misión meternos en camisa de once varas, aunque no tropezáramos en las haldas. Pero sí podemos y queremos destacar, de entre otras buenas, una faena en Algeciras, de Luis Miguel (Dominguín), plena de prestancia, serena, artística y valiente, que remató con un volapié perfecto. Bravo y noble el toro que le cupo en suerte; pero TORO, con mayúsculas, y dos pitones sin recortes ni limaduras. ¡Leña de cuatro años y la hierba, al servicio de treinta arrobas en canal!

Afirmamos que los toros son para los maestros; y si los precios rebasan las posibilidades de muchos y angustian a los más, atenúese la exageración no dando gato por liebre.

Todo así se irá encajando y acomodándose a los moldes de viejo clasicismo; que si ello determina la ausencia de ciertas figuras, permanecerán *al pie del cañón* las que vistiendo traje de luces atienden a algo más que a enriquecerse, sorprendiendo a todos y embaucando a muchos.

Vengan toros, que siempre habrá toreros que les corten las orejas por el bien y para el prestigio de esta fiesta tan española que se iba convirtiendo en espectáculo a base de flor de malva y aceite de almendras dulces.

**BALSAMO HAZUL**  
 Unguento antiséptico  
 para accidentes y  
 enfermedades de la  
 piel.  
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS  
 Venta en Farmacias  
 Autorizado por la Censura Sanitaria



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# ¿QUE PASARIA LUEGO?



No sabemos lo que pasaría más tarde.

De momento, el gitano está marcando la suerte suprema, con arreglo a los principios más puros que señala la técnica de matar. Cualquiera aficionado de los que claman en el tendido por la belleza de este momento definitivo, al contemplar esta fotografía, se le empañarían los ojos de emoción. Y no es para menos. Rafael se ha perfilado en corto y sobre el pitón contrario, ha montado la espada a la altura que se señala en los tratados y, adelantando la mula, mira —casi lo juraríamos— a lo alto del morrillo del toro.

Es verdaderamente milagroso, y no nos resultaría extraño que los afortunados espectadores que

asistieron a tan memorable momento hubieran deseado en lo más íntimo de su ser que toro y torero se hubiesen quedado petrificados, porque a ellos, inmediatamente, suponemos que les asaltaría la misma duda que a nosotros. ¿Qué iba a pasar después?

Y ante la incertidumbre, ¿no resulta preferible contemplar al Gallo, sereno, marcando la suerte con su pajolera gracia y como mandan los más exigentes cánones? Sin duda alguna. Y si no, ahí está la prueba.

El fotógrafo nos ha legado el clisé de aquel momento histórico y, ¿quién puede dudar de la hermosura del grupo que toro y torero forman?

A esta genialidad incommensurable de Rafael se teme que se oponga otra genialidad, pero contraria. Y como este torero, en un mismo pase casi, era capaz de dar una de cal y otra de arena, nadie podría asegurar con firmeza — de no ser cualquier apasionado— que la suerte se llegó a completar como Dios man-

da, y que el toro rodó de una estocada en el mismo «joyo de las agujas», echando las patas por alto, después de unos momentos de tambaleo, en lucha por defender su vida.

Y como nadie es capaz de asegurar esto y en la fotografía no hay señal alguna que pueda darnos indicios que nos lleven a una conclusión cierta, no vamos a ser nosotros los que aseguremos el colosal volapié que vino luego, porque no queremos equivocarnos.

Y como nosotros somos aficionados de los de hoy, porque no nacimos antes, después de ver lo que muchos matadores de actualidad hacen con otros toros — así los llaman— que pudieran ser hijos de éste que ilustra la foto y que se pone al calé, no nos parecería ningún desdoro que el torero se aliviase en el último instante, porque ya hace falta fuerza de presencia en grande para llegar hasta donde el fotógrafo ha sorprendido al Gallo. Y que, además, sin demasiado miedo a equivocarse, se puede decir que cuando hoy salen toros de este porte, el matador ni se perfila; se contenta con largar un sablazo alargando el brazo y volviendo la cara, a paso de banderillas. ¿Que hay excepciones? Pues sí las hay, en la conciencia de todos los buenos aficionados están, y no vamos nosotros a andar ahora señalando, que, al fin y al cabo, a lo que hemos salido hoy a nuestra página es a comentar la donosura de Rafael para perfilarse ante un toro de los que llevan tratamiento.

Y como lo que pasó después no creo que haya nadie que nos lo pueda decir, vamos a suponer, en premio a tan buena preparación, que el gitano enterró el acero hasta las

pendolas, en lo alto del morrillo, después de hacer un cruce perfecto, lento y suave, recreándose en la suerte, del que salió la res para las mulillas y el matador a una larga teoría de vueltas al ruedo y clamorosas ovaciones, sombreros por el aire y puros ensortijados.



# Encierro, selección y embarque de una corrida



Por tierras de Salamanca marcha el ganado. Mezcla de color entre las reses bravas y las vacas, que tienen un papel importantísimo en el encierro

## El aficionado al toro es amigo del campo

aun desconocemos las faenas de selección, apartado, embarque... y cuantas labores se efectúan hasta encontrarse el toro dentro del cajón, en disposición de partir para el punto de la corrida.

### PREPARATIVOS PARA EL ENCIERRO

"Campo Cerrado". No es zona acotada, sino el nombre de la finca en que unos ganaderos de solvencia, hermanos Sánchez Fabrés, cuidan y preparan toda una ganadería. Procedencia Coquilla, toda una garantía, donde la casta y el nervio fueron siempre motivo de exclamación para los aficionados.

Con las primeras luces del día, en un ambiente plomizo, llegamos a "Campo Cerrado". Va el principal, don Alfonso Sánchez Fabrés, y el fotógrafo. Doscientos kilómetros hemos recorrido de Madrid hasta la finca. Y en su puerta, noticioso de la llegada, el mayoral, que aguarda con los criados y todo listo para comenzar el trabajo preparado, y que ha motivado esta visita.

El ganado descansa por los verdes prados de la finca de "Campo Cerrado". Y las garrochas, inclinadas sobre la valla de madera que cierra la casa de campo, esperan, junto a los caballos, el momento, ese instante que nosotros mismos deseamos, impacientes, que llegue para ver junto a nosotros a los astados. Cuadro precioso. Láminas de bello colorido. Toros que no demuestran ser tan fieros como los describimos.

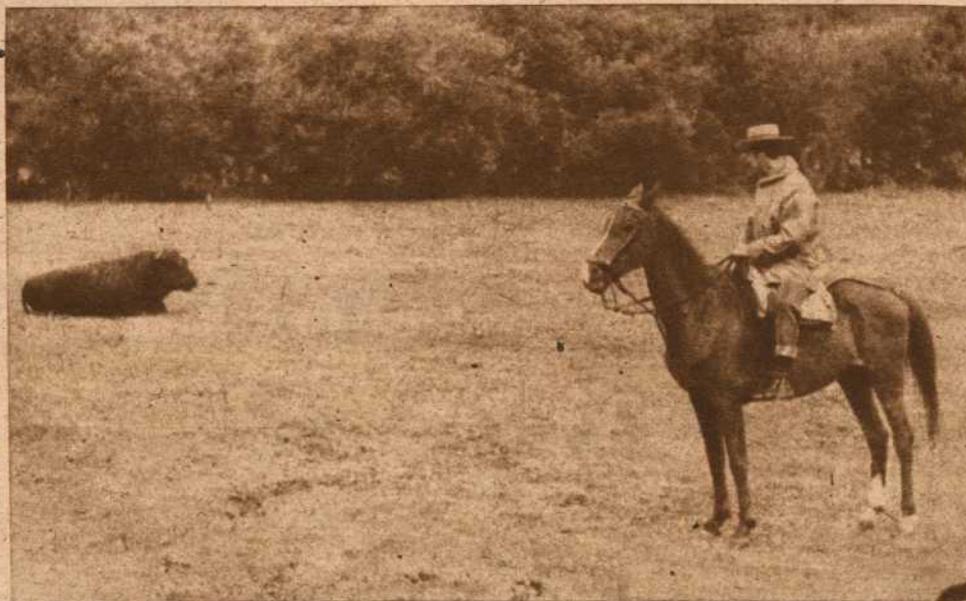
Allá delante, marcha don Alfonso Sánchez Fabrés, montado sobre un precioso caballo y garrocha al hombro, sujeta por el brazo derecho. Con la izquierda manda al bruto, y muy cerca, mezclados, mansos y bravos, son mandados hacia los chiqueros. Ni un solo motivo de retraso en la faena. Todos obedecen ciegamente y cada cual cumple su misión.

Destaca, por su brillo, el negro de los toritos. Aquí se nos aparecen mayores, y esas protestas desde el tendido serían acalladas, porque la impresión enmudecería a los

**T**IERRAS salmantinas, región ganadera, donde hay desvelo por la crianza de reses bravas. La ciudad del Tormes es vivero de ganado para saciar las exigencias de los buenos aficionados. Son principales abastecedores, y hoy, para nuestros diestros, es el bicho asquible para la faena.

Pero Salamanca tiene una pugna con los prados andaluces, que no sabemos a qué se deben esas rivalidades. Son las dos regiones ganaderas por excelencia, y el trabajo de nuestros ganaderos, pese a todas las censuras y culpas que se lanzan sobre su cometido, es de elogiarse.

Tierra de hidalgos. Gente sencilla, en que más exponen que ganan, y no tienen más ilu-



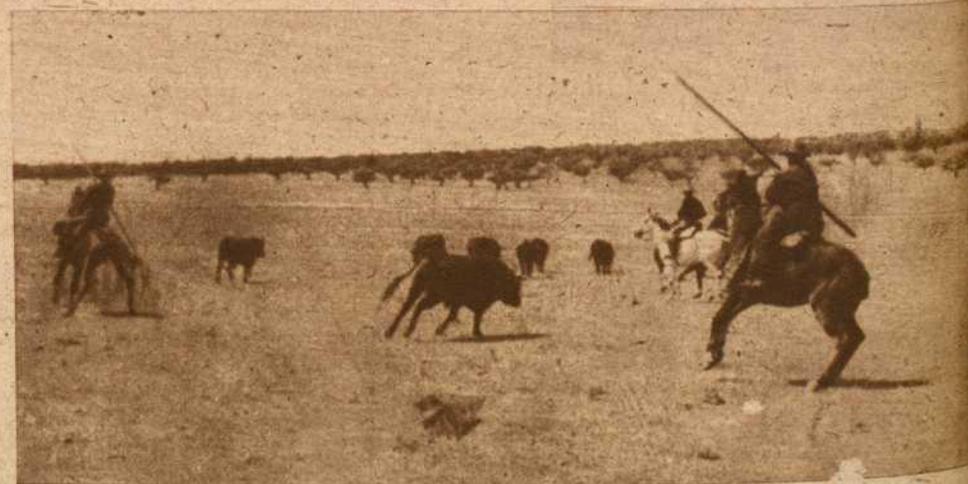
El ganado descansa. Se ha trasladado de un lugar a otro el ganadero, y desde su caballo observa las condiciones de lidia

sión que la de criar toros. Son faenas dignas de presenciar, porque el aficionado verdad, ese que dice que va a los toros, no va más que a pasar una hora y media viendo al torero.

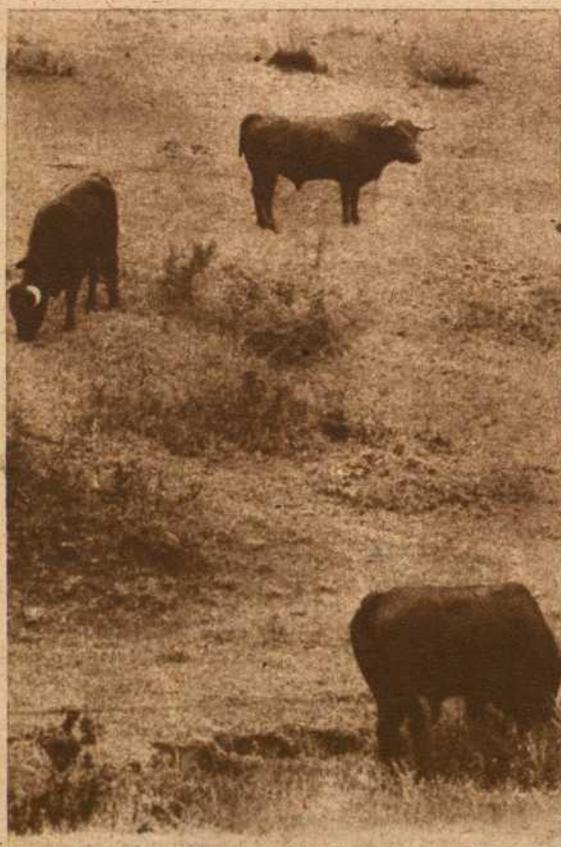
Es preciso ver toros. No podemos limitarnos a ser espectadores de este gran festejo nacional sin saber ni haber visto la escrupulosidad que tiene el ganadero, el cariño del mayoral y el amor propio de los criados.

Bella estampa de esta mañana calurosa del mes de junio. Los primeros rayos solares, que deslumbran nuestro caminar hacia la dehesa, salen acompañados del trinar de los pájaros.

Camino de Salamanca, esta bella y rica región ganadera, ya pensamos en lo que vamos a ver. Sorpresa y emoción al propio tiempo, porque



Momento de ser seleccionado el ganado para ser embarcado. Ganadero, mayoral y criados apartan las reses que han de quedar aún en la dehesa



En la finca de "Campo Cerrado", el ganado, ya agrupado, espera el momento de ser embarcado

# Una mañana en "Campo Cerrado", por tierras salmantinas

## Ambiente y sabor de la fiesta brava

más exigentes. Bella estampa la de éste. Es de los que caracterizan una raza y de los que hacen triunfar en los ruedos. Los tenemos junto a nosotros, más cerca de lo que desearíamos. Este otro tiene cosas de toro andaluz. De puro Coquilla, que lo lleva en la sangre.

Y el tintineo de los cabestros puede más que la fiereza. Porque son dóciles y van donde quieren los encargados de dirigirles.

### APARTADO Y EMBARQUE

El polvo corre una nube entre ellos y nosotros. Se ha lanzado el compacto grupo de los animalitos y los caballos que les persiguen; sudan por el esfuerzo. Sangran por los ijares. Las espuelas de los caballistas han castigado de firme.

Y los que fuimos, para gustar de tan grato espectáculo, sentimos el cansancio de la dura marcha y del trabajo que encontramos, por no ser habitual a nosotros estas faenas.

### UN ALTO EN EL ENCIERRO

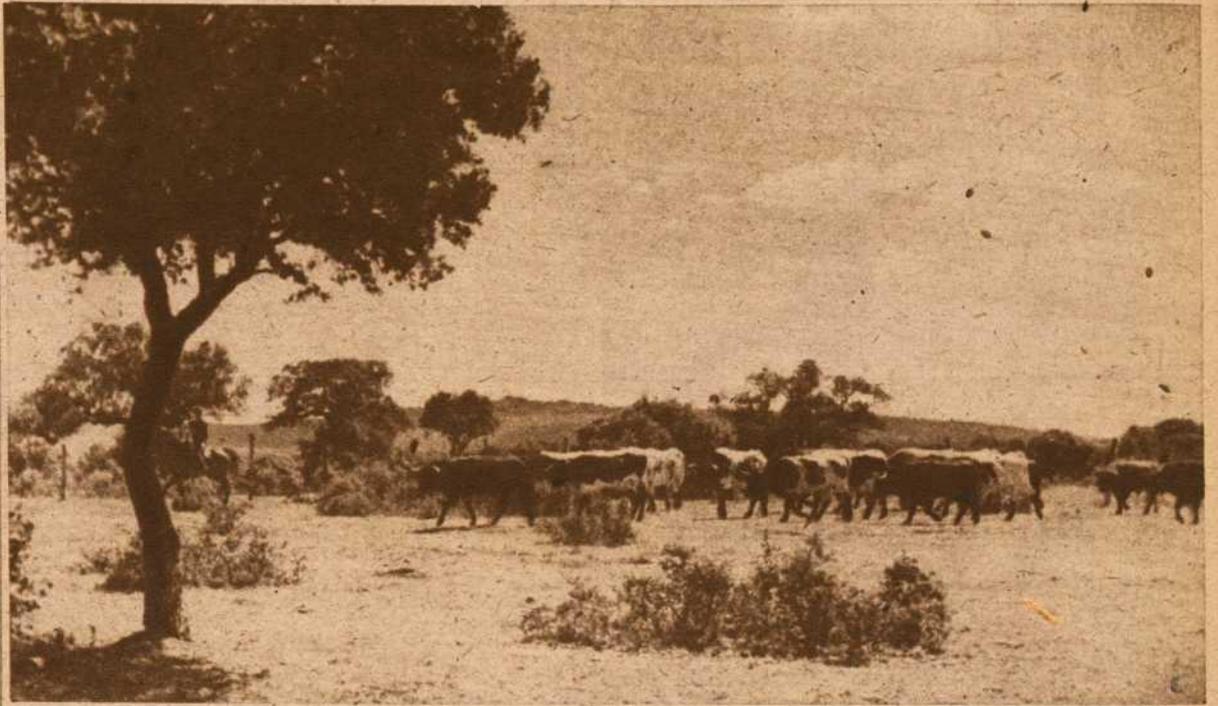
Debemos hacer un alto. Se ha realizado la primera faena. Ahora, el ganado descansa en las verdes praderas. Y en este intervalo, el ganadero hace el ojeo para apartar la corrida.

Don Alfonso y su mayoral fijan la atención en este toro, que fué asombro nuestro desde que lo vimos en la dehesa. El número 5 es lo más precioso que existe entre las reses.

Pastan, y de vez en cuando, el trotar de un caballo les hace levantar la cabeza..., miran indistintamente, y nuevamente a comer.

El mayoral ordena continúe la faena. Ahora, camino de los chiqueros, para pasar más tarde a los cajones.

Ya están preparados, y los pobres animalitos caen en la trampa, preparada en una de las puertas de los chiqueros.



Primeras horas de la mañana. Comienza el encierro, y el ganado, guiado por el mayoral, marcha por la praderas salmantinas para escoger la corrida



Otro de los momentos del encierro en "Campo Cerrado", propiedad de los hermanos Sánchez Fabrés. En primer término, el ganadero, que hace de guía en el traslado de las reses

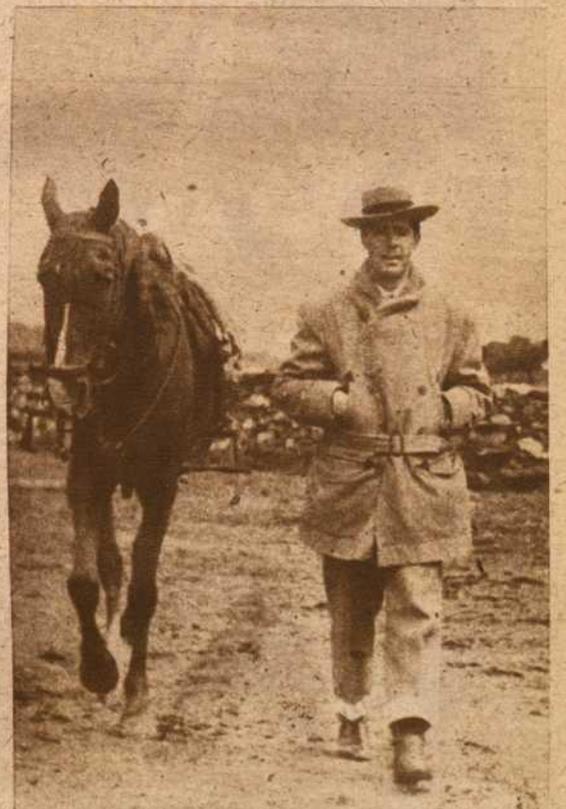
abandonado por todos nosotros. Cada cual ocupa su asiento en los coches que nos trasladaron hasta la finca salmantina.

Camino de la capital, vuelven a recordarse las agradables horas vividas. Los preparativos, el encierro, la entrada en los chiqueros, la selección de la corrida, y el traslado.

La sequía de este año levanta grandes polvaredas por la carretera. A lo lejos queda, silencioso, como lo encontramos cuando apuntaba el alba. Y los seis cajones, cargados sobre un potente camión, se pierden, igualmente, de nuestra vista.

Y esto es lo que en realidad tiene ambiente y sabor a toros: el campo.

JOSE CARRASCO



Caballo y jinete van a descansar después de la faena. El ganadero salmantino ha dejado en la "mangada" los seis bichos embarcados para ser lidiados (Fotos Mari)

Ha terminado lo nuestro. Ya descansan los caballos, y las garrochas aparecen en la valla que rodea la finca.

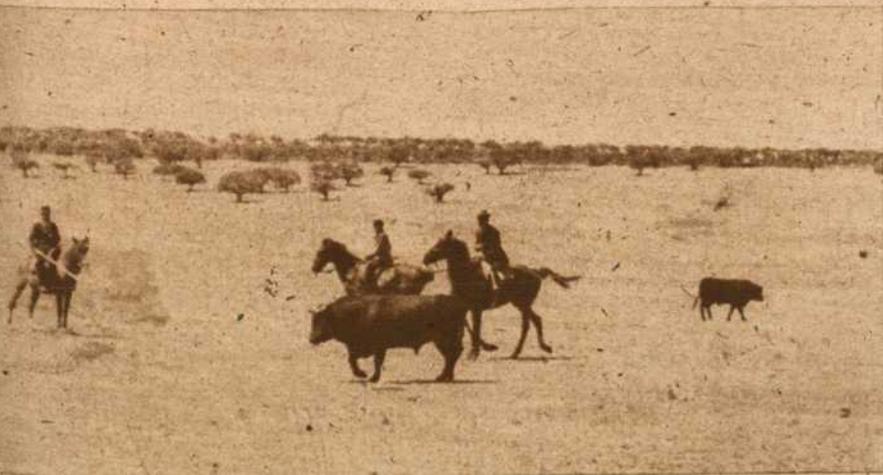
### EL CAMIÓN, "LA MANGADA"... Y CAMINO DE LA PLAZA

La "mangara" está preparada. Llegan los camiones. Y los bichos son cargados para su traslado a la Plaza.

Ganadero y mayoral dirigen todos los trabajos. No descansan un solo momento, porque para eso es necesario sentir afición.

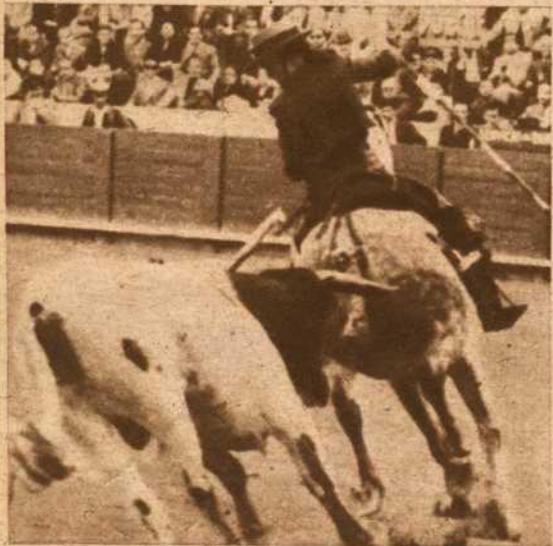
Los hermanos Sánchez Fabrés no precisan esto, debido a que crían ganado por esa afición que se les despertó. Sin aspiraciones de ganancias, porque no son momentos de recoger grandes frutos. "Campo Cerrado" es

Acosado el toro y acorralado por los caballistas, el fiero animal va siendo apartado del resto de la ganadería. Humildemente va camino de los chiqueros...

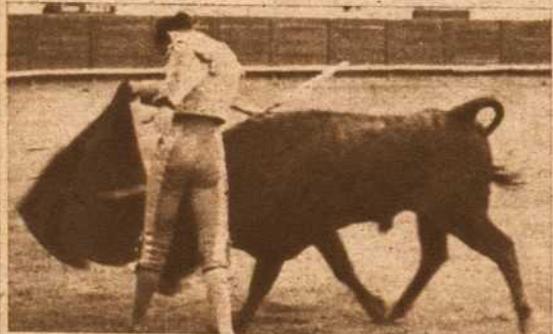


EL JUEVES, EN BARCELONA

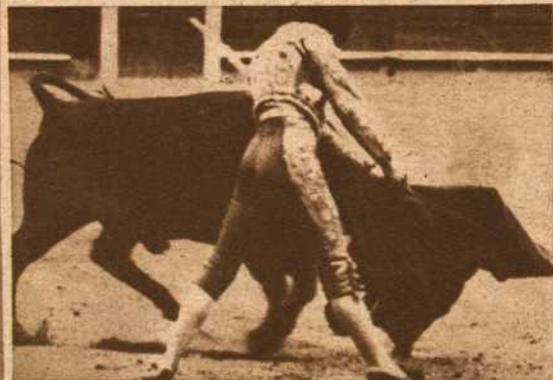
# Novillos de TERESA OLIVEIRA para BELMONTEÑO, NIÑO DE LA PALMA y BALDERAS



Conchita Cintron, hábil rejoneadora, prepara al toro para clavar uno de sus rejones.



Belmonteño se ciñe y logra un gran pase de pecho, redondeando la faena de muleta en su primer toro.



Niño de la Palma, al comenzar su faena de muleta, trastea al toro, haciéndole doblar para lucirse.



Balderas, con la muleta en la mano izquierda, inicia su faena con este pase aguantando la entrada del bicho. (Fotos Valls)

SOLO CON SU DESGRACIA

# La tragedia de PALMEÑO II

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL

La historia de este novillero —José García, Palmeño II—, al que los médicos acaban de extraerle un ojo de resultas de una tremenda cornada, es la historia breve, horrenda y vulgar que no trasciende hasta las entrañas de la plebe y que se repite con dolorosa frecuencia. De estas oscuras víctimas del toro no queda nada. Ni siquiera el consuelo del recuerdo. Cuando un lidiador agoniza sobre la arena o queda inutilizado para la profesión en pleno triunfo, su nombre y su leyenda heroica le sobreviven y perdura por los siglos de los siglos, seguido de una estela elogiosa.

Este Palmeño nació al toro acosado por la fama y la gloria de su hermano Júlío, ya matador de toros con solera antigua, al que la gente apasionada de Andalucía le señalaba como el símbolo de una bravura desesperada. Los sevillanos, tan dados a inventar ídolos nuevos, se estremecieron con las gallardías ingénitas del novel. Estalla como un vendaval el éxito de su primera novillada en la Maestranza —de cuya corrida es la foto que antecede a estas líneas—, y viene a debutar a Madrid en octubre de 1931, una de esas tardes otoñales en las que el sol parece desangrarse en sus últimos rayos, poniendo matices de corales en esos circos enormes que son las Plazas de Toros. Su toro es fuerte, recio, de emoción impresionante. Recorre en triunfo los principales cosos. El oro de los ruedos y las sonrisas femeninas empezaron a alegrar los ojos y los cidos al novillero cordobés, al que la voracidad de la masa empuja aceleradamente hacia adelante.

Pero el pecado de la idolatría del populacho le pierde. Carece aún de la solidez y destreza necesarias. De pronto, un rudo golpe, en forma de gravísima cornada recibida en la Plaza de Alcega, teña su carrera y acaba con sus arreos. José García, del que está enamorado la muerte meses enteros, logra salvar la vida. Pero el bravo novillero Palmeño II se hunde en el pantano del olvido y se apaga como una luz.

Surge más tarde el desencanto de la masa estólida y el torerito de Palma del Río es roído y engullido a pedazos, repitiéndose la historia triste de tantos otros que lo dieron todo por el afán romántico de triunfar, de los que pudieron ser grandes en el arte y se quedaron en la estacada.

Y pasaron los años. Encaneció prematuramente. Atrás, muy atrás, quedaban ya las tardes arreboladas de triunfo y de halagos; de capotes de raso y pimpantes pasodobles; de llamantes ternos cuajados de pedrería y de posibilidades de hacerse rico. La nostalgia le hace volver a probar fortuna en los redondeles. Pero era un intento vano. Los aplausos no estallan más. Se



Palmeño II, el día de su presentación en la Plaza de Sevilla. Un ceñido pase de pecho a un astado de Villamarta.

aburre y se caen de pechos. ¿Qué hacer? En las faenas en calma de un circo no podía dedicarse, porque él tenía ya muchos años y solo aprendió en su juventud a torrear; sólo sabía el arte colorista y dramático, impresionante y voluptuoso, de burlar la media luna de las astas.

Ahora era el drama de la pobreza, del hogar triste, lo que le empujaba a torrear por los pueblos para ganarse el sustento, contentiendo con toros de dudoso origen y públicos lugareños más temibles que los propios toros. El pobre Palmeño se había convertido en un misántropo, que se ponía delante de los toros con la indiferencia y la fatiga del que se sabe irremediablemente vencido. Toreaba por evitar las ucnárnas del hambre, aun a costa de las cornadas físicas, como esa brutal que recibió una tarde dorada y luminosa de mayo último en el pueblito charro y yerino de San Felices, que le ha dejado inútil para el toro y con una mueca horrible en el rostro.

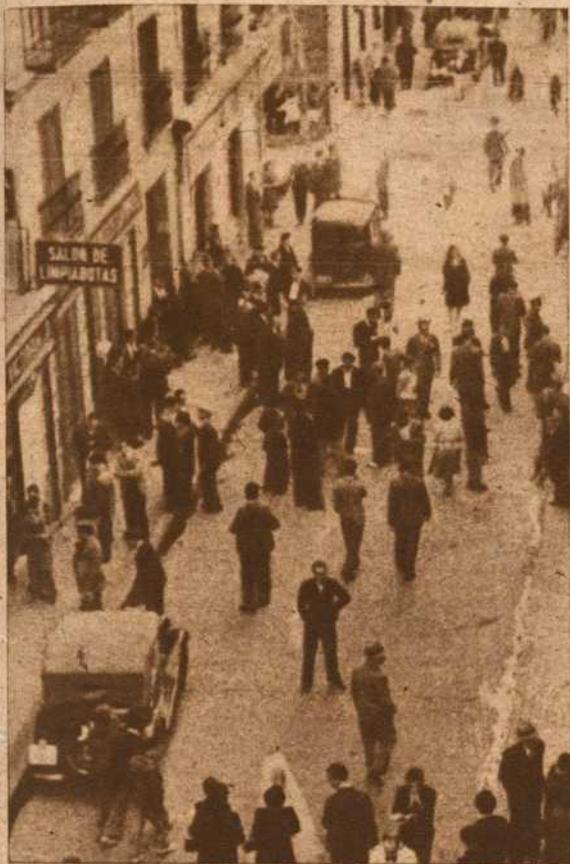
\*\*\*

Hoy es un día de junio verdaderamente tropical. Acabó de ver a esta desventurada víctima del toro, de la que nadie se acuerda. Los periódicos, que antes publicaban retratos ufanos con textos disparatadamente elogiosos del nuevo idolo tauricida, dan cuenta de la tragedia pueblerina en una escueta gacétila. El airecillo trae hasta nosotros mágicas resonancias efímeras. Palmeño está solo con su desgracia. Pero la soporosa con dignidad en su adustez. Por fin, rompo el silencio y le pregunto detalles del lance fatal y de la situación en que queda. Y el pobre novillero, sobrio, resignado, se encoge de hombros y me mira con su ojo único poniendo en la expresión una terrible rotundidad, más el cuento que todas las palabras. Yo advino que el desventurado Palmeño me ha querido decir poco más ó menos:

—¿Qué necio es usted!

# La calle de la Victoria

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



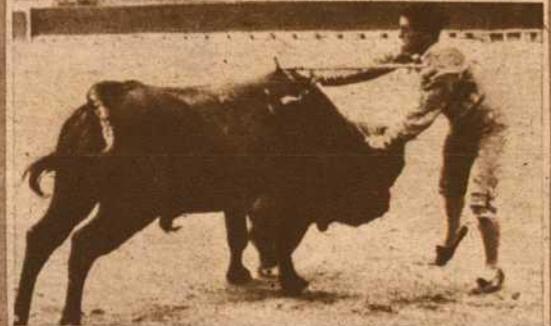
La calle de la Victoria

La calle de la Victoria madrileña, apenas tenía tránsito ni notoriedad hasta que en una de sus casas instaló la Empresa de la Plaza de Toros el despacho de billetes para las corridas. Indudablemente, esta elección fué azar o conveniencia de la Empresa, pero ello es que la calle de la Victoria tiene abo- lengo taurino bien probado. En la calle de la Victoria, esquina a la del Pozo, estuvo «La Estufa», célebre taberna adonde acudían los toreros de la época de Lagartijo y Frascuelo. Casi enfrente de «La Estufa» se encontraba la taberna de Pedro Niembro, dueño también de una suntuosa carnicería establecida nada me- nos que en la Puerta del Sol, esquina a la ca- lle de la Montera, y empresario que fué de la Plaza de Toros de Madrid. Tanto en estas dos tabernas como en otra situada cerca de la calle de la Cruz, propiedad de Basilio el Chirri, gitano de raza y cantaor de tronío, albergaba tarde y noche a la torería vecindada o de paso en Madrid. En estas tabernas se ex- hibieron los últimos sombreros calañeses por- tados por las jacarandosas personas del Re- gatero, famoso banderillero, y El Juaneca, gran picador. Así es que el despacho de bil- lates de los toros fué a caer en lugar de rancia prosapia taurina. En lo que va de siglo, que es a lo que alcanza mi memoria, este despacho ha tenido cuatro acomodos: la calle de Sevilla, frente a la de Arlabán; en esta calle, a espaldas del desaparecido Café Inglés; la calle de Te- tuán, esquina a la de la Tahona de las Descal- zas, y la calle de la Victoria. La animación de la calle de la Victoria comienza en el mismo momento en que se fijan en las paredes del despacho de billetes los carteles anunciadores de una corrida. He tenido la suerte de presen- ciar este acontecimiento. Son las cuatro de la tarde. La calle de la Victoria está casi desierta. Pro- veniente de la calle de la Cruz, aparece un hombre cargado con una pequeña escalera que sujeta con su mano derecha; de la izquierda pende un cubo de madera del que sobresale un palo. Este hombre llega ante el despacho de billetes, arrima la escalera a la pared, deja el cubo en el suelo y procede a desenrollar un lío grande de papeles que porta aprisionado por su brazo izquierdo. Como si al desenrollar el papel éste emitiera, misteriosa y silenciosamente, un toque de corneta, aparece por escotillón un grupo de diez curiosos. El fijador de carteles coloca en la parte supe- rior de la cartelera el dibujo de una cabeza de toro. Al terminar de colocarlo ya forman el grupo de curiosos cincuenta individuos, todos con los ojos en alto, suspensos de emoción. Mientras el fijador hace sus preparativos para pegar el segundo trozo del cartel, empiezan en el grupo las dis- cusiones sobre quiénes serán los toreros y de quié- n van a ser los toros. La impaciencia agita a los curiosos; el fijador es hombre concienzudo y por lo tanto lento. Uno de los mirones chillá: «Bueno, maestro, ya está bien; ni que fuera usted el Velázquez pintando el cuadro de las lanzas». Al fin queda fijado el cartel. No por esto se disuelve el grupo, aunque sí disminuye bastante; los que que- dan discuten entre ellos las excelencias y las deficiencias del cartel. Los días que se expenden bi- lletes, la calle de la Victoria está, mañana y tarde, llena de gente. Gente que va a comprar entra- das; gente que va a ver cómo se compran las entradas. Cuando la corrida es de expectación, los que compran son más que los que ven, y al contrario, cuando tal expectación no existe. Si se forma cola, inmediatamente surgen los profesionales que ofrecen un puesto cerca de la taquilla, los cua- les se acercan a los que ellos consideran más asequibles y casi al oído musitan la oferta. La pro- posición no puede ser más inocente; pero, sin embargo, a algunos no les parece así y contestan, llenos de indignación: «¿Pero qué dices; pero es que yo tengo cara de primo o te figuras que he llegado del pueblo esta mañana?» Qué quieren ustedes; la vanidad humana alcanza límites y matices insospechados. Como nuestro carácter es tan expansivo, locuaz y confanzudo, el que está delante o detrás de nosotros, en la cola, se considera en la obligación de informarnos el porqué va a los toros. También se da mucho en las colas ese tipo que se acerca muy timidamente y nos dice: «Usted perdone; me sobra un tendido del 5; se lo doy a su precio porque mi hermano se ha puesto repentinamente enfermo y no puede ir.» Luego, hay el que quiere sacar entrada sin formar cola. Es- tos se dividen en dos clases. Los de cara y aire de pillines y los de aire y cara de primos. Los primo- ros llegan muy resueltos, y aprovechando un descuido del guardia, chillan con voz alta y tono imbe- rioso: «Un tendido bajo del 3!» El menos sufrido de la cola reacciona y vocifera: «Eh, usted, a la cola, que los demás también tenemos prisa!» El de cara y aire de primo remolonea un rato al- rededor del guardia y se queda como alhelado, mirando el cartel, y cuando ya cree que ha convencido a todo el mundo de la inocencia de sus intenciones, avanza dos pasos y pre- gunta al que tiene más cerca: «Me hace usted el favor; quedan gradas del 4?» «Sí, señor, quedan gradas del 4, pero después de que las saquemos los que llevamos una hora en la cola.» «Ah, usted perdone! No sabía que ha- bía que formar cola!» Y no lo matan porque hay guardias.

La calle de la Victoria madrileña, apenas tenía tránsito ni notoriedad hasta que en una de sus casas instaló la Empresa de la Plaza de Toros el despacho de billetes para las corridas. Indudablemente, esta elección fué azar o conveniencia de la Empresa, pero ello es que la calle de la Victoria tiene abo- lengo taurino bien probado. En la calle de la Victoria, esquina a la del Pozo, estuvo «La Estufa», célebre taberna adonde acudían los toreros de la época de Lagartijo y Frascuelo. Casi enfrente de «La Estufa» se encontraba la taberna de Pedro Niembro, dueño también de una suntuosa carnicería establecida nada me- nos que en la Puerta del Sol, esquina a la ca- lle de la Montera, y empresario que fué de la Plaza de Toros de Madrid. Tanto en estas dos tabernas como en otra situada cerca de la calle de la Cruz, propiedad de Basilio el Chirri, gitano de raza y cantaor de tronío, albergaba tarde y noche a la torería vecindada o de paso en Madrid. En estas tabernas se ex- hibieron los últimos sombreros calañeses por- tados por las jacarandosas personas del Re- gatero, famoso banderillero, y El Juaneca, gran picador. Así es que el despacho de bil- lates de los toros fué a caer en lugar de rancia prosapia taurina. En lo que va de siglo, que es a lo que alcanza mi memoria, este despacho ha tenido cuatro acomodos: la calle de Sevilla, frente a la de Arlabán; en esta calle, a espaldas del desaparecido Café Inglés; la calle de Te- tuán, esquina a la de la Tahona de las Descal- zas, y la calle de la Victoria. La animación de la calle de la Victoria comienza en el mismo momento en que se fijan en las paredes del

El domingo, en Valencia

NOVILLOS DE CRUZ  
para  
RAFAEL LLORENTE,  
PEPE-HILLO  
Y  
RICARDO BALDERAS



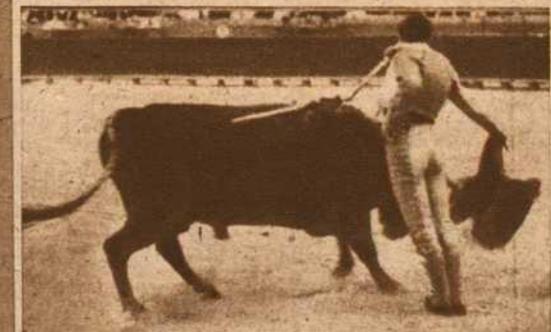
Llorente entrando a matar



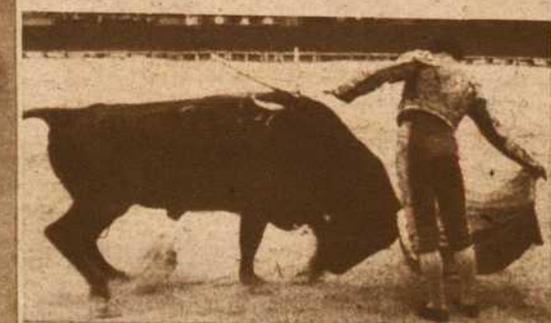
Pepe-Hillo en la faena de muleta



Balderas en su segundo toro



Otro pase de Balderas en la faena de muleta



Llorente en un pase por bajo

PIDA  
**AURORA**  
Y BEBERA MANZANILLA



Manolete entrega a Luis Miguel los trastos de matar



Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel Dominguín y Manolete en la puerta de cuadrillas, dispuestos para iniciar el paseíllo



Tras del cambio de trastos, Manolete y Luis Miguel se abrazan

### EL JUEVES, EN MADRID

## LA CORRIDA DEL MONTEPIO DE LA POLICIA

# Toros de Antonio Pérez para MANOLETE, PEPE LUIS VAZQUEZ y LUIS MIGUEL DOMINGUIN



Luis Miguel en un pase por alto



Un natural de Manolete



Un molinete de Pepe Luis



El torero de San Bernardo en un natural



Luis Miguel porfiando a su primero. — Abajo: Pepe Luis toreando por naturates

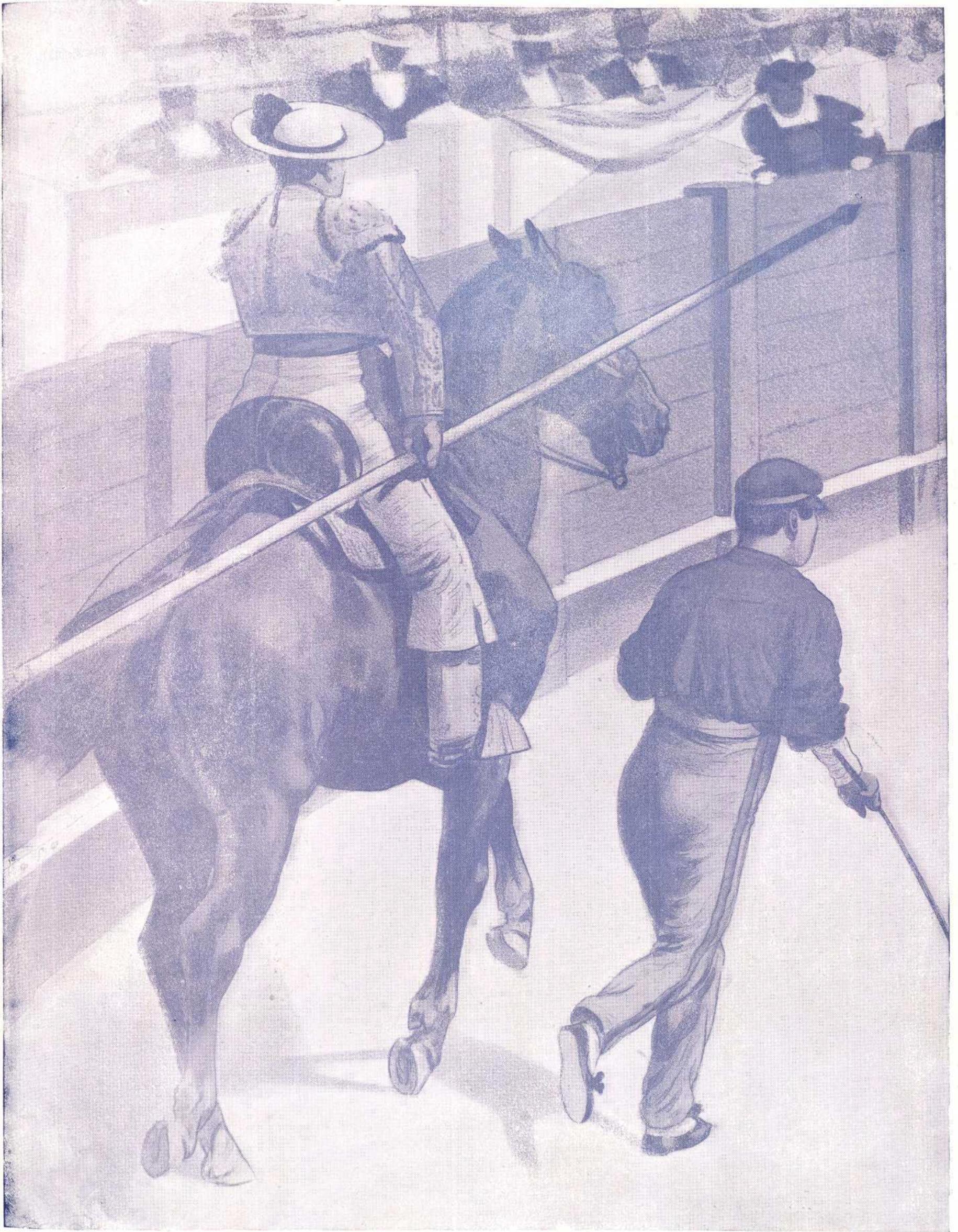


Manolete en un estatuaria. — Abajo: Luis Miguel, entra barreras, esperando su turno



Pepe Luis en su segundo. — Abajo: Luis Miguel en la faena de mulleta de su segundo toro (Fotos Baldomero)





**Pronto a picar**  
(Dibujo de Perea.)



**Toreros célebres: José Claro, Pepete**  
(Dibujo de Enrique Segura.)